LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 20 de Octubre de 1900

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
3742

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

1900

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losgaleotescomed00lvar

A la sagrada memoria

DEL SEÑOR

Don Joaquín Alvarez Hazañas

Sus hijos,

Serafín y Joaquín.

721424

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARITA	Sra. Pino.
GLORIA	Srta Catalá.
CATALINA	Sra. Rodriguez.
LA SEÑÁ PEPA	Dominguez.
LA RICITOS	Srta. Tejada.
LA SEÑORA GERVASIA	Hornero.
MANUELA	Mendizabal.
DON MIGUEL	Sr. Vallés.
DON MOISÉS	Rubio.
MARIO	García Ortega.
JEREMÍAS	La Riva.
PEDRITO	Mendiguchia.
VICTORIANO	Mora.
EL MEMBRILLO	Martinez.
EL OJERAS	Valle.
UN ESTUDIANTE	Srta. Bittini
OTRO	N. N.

ACTO PRIMERO

Librería de viejo de don Miguel, en Madrid. Local de poco fondo. A la derecha del actor un hueco de puerta con cortina de lienzo, que conduce á la trastienda y á las habitaciones interiores de la casa. En el foro, á la izquierda, puerta vidriera que da á la calle, y que al abrirse y cerrarse hace sonar un timbre: á la derecha, el escaparate de la librería. Las paredes llenas hasta el techo de anaquelerías con libros de todos tamaños y clases. A la izquierda de la puerta de entrada, y paralelo á la pared del mismo lado del actor, un mostrador que llega al primer término, y cuyo extremo opuesto, cerrado por una barandilla de madera, sirve de escritorio. Colgado entre el escaparate y la puerta de entrada un cartel que dice: « Compra y venta de libros usados.» Delante una mesa y un sillón de gutapercha vieja, que ocupa Jeremías. Hacia la derecha de la escena, una tarima con brasero. Junto á ella un sillón, grande y cómodo, y una silla de enea. En el suelo, donde menos estorben y arrimadas á la anaquelería, pilas de libros, colecciones de periódicos ilustrados, etc., etc. En un rincón, una escalerilla de mano. Sobre la mesa de Jeremías está Rodríguez en su jaula. Rodríguez es un loro.—Es de día. A través del escaparate y de la puerta del foro se ve la calle, solitaria y sombría.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y JEREMIAS; luego CARITA

(Don Miguel, sentado en el sillón inmediato al brasero, lee el « Quijote ». Viste traje negro de americana, capa vieja y gorra, y usa quevedos, que se pone en la punta de la nariz. Es hombre de unos cincuenta y tantos años. Jeremías, algo más viejo que él, aparece sentado á su mesa de frente al público. En la mesa no hay libro, papel, tintero ni pluma: nada que revele el menor quebradero de cabeza. Nuestro hombre se entretiene en chocar por las yemas, voltear y enredar los dedos de ambas manos en todas las formas y combinaciones imaginables. Usa gafas de armazón gruesa y fuerte, gorro calado hasta las orejas, manguitos (sin justificación) y traje oscuro y raído de chaqué del año de la nana.)

D. MIG. (Leyendo en voz alta.) *Después que Don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones...* (A Jeremías, que está canturreando algo de «La canción de la Lola».) Hombre, atiende á esto, y no seas botarate (Jeremías no le hace caso. Don Miguel continúa leyendo.) *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo traba-*

jo. Los valientes alcornoques .. (Sale Carita, que viene de la calle. Don Miguel se vuelve al oir el timbre de la puerta.) ¿Quién?

CAR. Buenos días. (Habla con voz desmayada. Cubren pobre y malamente su cabeza bonita y su cuerpo gracioso, toquilla celeste de pelo de cabra, abriguito corto y falda lisa.)

D. MIG. Buenos días, joven. ¿Qué traemos?

CAR. Mire usted esto, á ver... (Le da un libro pequeño en deplorable estado.)

JER. (Atento á sus combinaciones de dedos, pero queriendo influir en el lance con sus pullas, que dice siempre en tono sentencioso.) Se compra mucho y no se vende nada...

D. MIG. (Examinando el libro.) Método de Ahn...

JER. Ocho hay.

CAR. Es de inglés éste.

JER. De inglés hay nueve.

CAR Vaya por Dios...

D. MIG Lo peor es el estado en que está.

JER. No tomamos más que basura.

D. MIG. ¿Y la clave?

CAR. ¿La clave?... No sé de ella .. A mí no me han dado más que esto...

D. MIG. Hija, pues bien quisiera; pero sin la clave. .

CAR. ¿Sin la clave no le conviene?

D. MIG. No, hija, no puedo.

CAR. (Va á irse y vuelve.) Le advierto á usted que lo dejo por cualquier cosa... por lo que usted me dé ..

D. MIG. (Ablandándose un punto, pero conteniendo su arranque generoso ante un gruñido de Jeremías.) El caso es que tenemos tantas... Y luego, sin la clave... Lo siento mucho, pero me es imposible...

CAR. Bueno; usted dispense. Queden con Dios.

D. MIG. Adiós.

CAR. (Yéndose.) (No sé por dónde vamos á salir hoy.) (Deja la puerta abierta.)

ESCENA II

DON MIGUEL, JEREMIAS y CATALINA

D. MIG. ¡Pobre muchacha! (Volviendo á su lectura.) ...*La fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques...*

JER. ¡Valiente alcornoque estás tú!

D. MIG. Déjame en paz (Leyendo:) *Los valientes alcornoques...*

JER. Ahora va por la clave, y viene con ella y se la tienes que comprar.

D. MIG. Mejor.

JER. Ah, si es mejor, te felicito. (Llegándose á la puerta y cerrándola.) Lo que lamento es que esa niña no se haya educado con los frailes. (Vuelve á su sillón.)

D. MIG. (Leyendo.) *Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas...*

CAT. (Viene del interior de la casa. Es criada antigua de la de don Miguel, andaluza, tirando á gitana, muy vieja y en extremo cariñosa y solícita. Sale en traje de faena: falda y blusa de pereal oscuro, delantal oscuro también y toquilla grande de lana negra, cruzada por el pecho y sujeta á la cintura.) Escúcheme usté, Don Migué: ¿va usté á veníayá dentro á tomá er chocolate, ó quié usté que ze lo traiga aquí?

D. MIG. No; voy allá dentro.

CAT. Zi quié usté que ze lo traiga, ze lo traigo.

D. MIG. No, mujer, no.

CAT. Miste que no me cuesta trabajo ninguno.

D. MIG. ¡Dale!

CAT. ¿Y la niña, ha zalío?

D. MIG. Sí; creo que ha ido á misa con la señora Gervasia.

CAT. Ay, por Dios, don Migué—er Patriarca me perdone er mar penzamiento,—miste que eza zeñá Gervazia no me paece güena mujé pa acompañá á la niña.

D. MIG. Quita allá, tonta; si es una infeliz.

JER. ¡Fíate del agua mansa!...

CAT. Ya usté ve que yo no vi á echarme na en er borziyo... Zi ze lo digo á usté ze lo digo por lo que ze lo digo... ¿Usté va á dezayunarze, don Jeremías? (Jeremías no contesta.) Don Jeremías, ¿va usté á dezayunarze?

JER. ¡No!

D. MIG. (Levantándose y riéndose.) Todavía no ha tomado el *wermuth*. ¡Je, je, je! (Deja el «Quijote» en el escritorio.)

JER. Mira, si lo dices por el aguardiente, te equivocas.

D. MIG. Ah, ¿lo has tomado ya?

JER. ¡Ni lo tomo! Cabalmente hace un siglo que no lo cato.

D. MIG. Sí, sí; no hay más que verte las narices... Recuerdan las de Tomé Cecial...

CAT. Ay, don Jeremías, eza zí que es la pura; ze le están poniendo á usté las narices que paece que yevan una luz por dentro: como los faroliyos á la veneciana.

D. MIG. ¡Je, je, je!

JER. ¡Ríele el chiste, hombre!

CAT. Por la Virgen der Carmen, no ze me enfade usté; pero no beba usté aguardiente. Miste que el aguardiente fué la perdición de mi Diego. Murió de treinta años lo mismito que un chicharrón. ¡Qué doló de hombre!

D. MIG. Bueno, tú, deja la palabra y vente á darme el chocolate.

CAT. ¿Y Pedrito?

D. MIG. Lo he mandado á la calle de la Ventosa.

CAT. A la caza, ¿eh?

D. MIG. Sí; vamos á ver si cobra algunos alquileres de los rezagados. Ocho ó diez ciudadanos no quieren pagar...

CAT. ¡Ay, qué doló de caza, entregá á eza gente!... ¡Zi viviera doña Lorenza!... Eya zí que zabía poneize er mantón y er velo—¿ze acuerda usté?—y plantarze ayí, y cobrá pezeta zobre pezeta á to er mundo. Pero el arma mía de Pedrito, como es tan güeno, no zirve pa ezos pazos: yega, ve muchas lástimas, mucha mizeria, mu poco dinero, ze le enco-

ge er corazón, ze apoca... y ze güerve lo mismo que ze fué: con er borzo vacío.

D. MIG. Sin embargo, hoy espero yo que nos traiga...

JER. ¡Hoy vendrá sin un cuarto!

D. MIG. Pero hombre, ¿por qué?

JER. ¡Vendrá sin un cuarto!

D. MIG. Pero, ¿quieres darme una razón siquiera?

JER. ¡Sin un cuarto!

D. MIG. ¡Bueno va! Mira, cuando te pones así, me me me... Vámonos, Catalina, vámonos porque me me me... (¡Y lo malo es que acierta siempre!) (Se va al interior.)

CAT. (Siguiéndolo.) ¡Jozú, Jozú! ¡qué doló de caza esta! Ayí no ze cobra, aquí no ze vende... y er pan zube, y er vino zube, y la carne zube, y to zube... ¡Jozú, Jozú, Jozú!...

ESCENA III

JEREMÍAS, luego GLORIA, la SEÑORA GERVASIA y MANUELA

JER. Dice... *son pláticas de familia*, dice, *de las que nunca hice caso*... (Al loro, en tono jovial.) Vamos á ver, Rodríguez: de tí para mí, y con toda franqueza, ¿eh? Como nos tratamos nosotros. Nada de cumplimientos, ni de pamemas, ni de... Nada, nada: al pan, pan, y al vino, vino: ¿qué opinas tú de que yo me tome ahí enfrente una copita de Monovar? ¿Eh? Te sonríes... No esperaba yo menos. Esa sonrisa me autoriza para dos *latigazos*. Rodríguez, tú eres de mi cuerda: choca ahí. (Hace que le da la mano y se levanta.) Gracias por tu beneplácito, y cuenta que te corresponderé con chocolate. (Va á irse y vuelve.) Oye, y chitón; que parece que no está bien visto... (A Gloria, la señora Gervasia y Manuela, que llegan á tiempo que él abre la puerta de la calle, para ir á complacer al loro.) ¡Hola! ¿ya por aquí? (¡El don de la oportunidad anda caro!) ¡Pero, hija, eso no habrá sido un sermón; eso habrá sido un chascarrillo!

GLORIA Si hoy no ha habido sermón.

MAN. Usted no piensa más que en sermones.

GER. ¿Qué sabes tú en lo que piensa él? Vaya, ahí queda la chica. Nosotras seguimos para casa. ¿Quiere usted algo?

JER. Nada, señora mía. (Que la parta á usted un rayo cuanto antes.)

GER. Pues hasta luego. (Se va con Manuela.)

GLORIA Adiós.

JER. (Asomándose á la puerta y gritando.) ¡Muchas expresiones á su señor esposo!

GLORIA ¡Tío Jeremías, por Dios; si su esposo no vive!..

JER. ¡Ah, caray! Voy á rectificar... Estate aquí un momento. (Se va.)

ESCENA IV

GLORIA; después CARITA

(Gloria viste traje negro muy sencillo, velito y capa.)

GLORIA (Mientras se quita la capa y el velo.) No es mala rectificación la tuya... Y lo dejan solo, sabiendo cómo las gasta. Si no llego á tiempo... ¿Dónde andará mi padre? ¿Y Pedrito? ¡Válgame el Señor, en qué abandono tenemos la tienda!... (Sentándose junto al brasero.) Y es que papá el pobre no sirve para este teje maneje... Ni yo tampoco. Y el buenazo de Pedrito es un cero á la izquierda.... Mi tío Jeremías más vale que no esté: si algo hace, es ahuyentar á los parroquianos... ¡Ay, Dios mío de mi alma! Cada día notamos más la falta de mi madre

CAR. (Llega de la calle con el método de Ahn y la clave de temas en la mano.) Muy buenos días. (Observando la ausencia de Jeremías.) (Me alegro de que no esté aquí el *pajarraco.)*

GLORIA Hola, muy buenos días.

CAR. ¿Sigue usted bien? Ya he tenido el gusto de ver tan bueno á su papá...

GLORIA ¿Ha estado usted aquí antes?

CAR. Sí, señora; vine con esta gramática inglesa

á ver si servía. Pero me dijo su papá de usted que no podía tomarla sin la clave de temas. He ido á casa, me he puesto á revolver papeles y trastos, y en un montón de cosas inútiles, vea usted, la he encontrado. Donde menos se piensa... Mírela usted. (La charla de Carita es ingenua, espontánea, algo infantil, sin el menor asomo de afectación ni de pedantería.)

GLORIA Llamaré á papá.

CAR. Sentiría molestarlo.

GLORIA No. (Llamando desde la puerta que comunica con el interior de la casa.) ¡Papá! ¡Papá! Ya viene.

CAR. Ay, muchísimas gracias.

GLORIA Siéntese usted un momento. Y arrímese al brasero, si quiere, que hace una mañana muy fresca.

CAR. (Sentándose.) Con permiso de usted. La verdad es que da gloria venir á esta casa...

GLORIA Usted viene con bastante frecuencia.

CAR. Por desgracia es así—aparte el gusto que me proporciona el ver á ustedes Lo digo de verdad. Crea usted que en algunos sitios la reciben á una con unas caras... ¿Usted no se sienta?

GLORIA No.

CAR. Pero lo que es aquí, es una bendición del cielo. Su papá de usted es tan amable, tan considerado... Tiene cara de ser muy buen señor. A mí me recuerda mucho al mío, cada vez que lo veo. Hasta en la costumbre de usar capa en casa se le parece... Coincidencias, que son las que engendran la simpatía. Como digo una cosa digo otra, porque yo soy muy franca: á ninguno de mi familia me recuerda ese otro señor de las gafas y el gorro que se sienta ahí. ¿Es pariente de usted ese caballero?

GLORIA Hermano de mi madre, que en gloria esté. (Me encanta la charla de esta chica.) (Se sienta en el sillón de don Miguel.)

CAR. ¿Hace mucho que perdió usted á su madre?

GLORIA Cerca de año y medio.

CAR. (Suspirando.) ¡Ay! á qué pruebas nos somete la vida. Yo perdí á mi papá cuando tenía

ocho años... Cuando los tenía yo, como usted comprende... Y á la pobrecita de mi mamá no la he conocido: esa sí que es tristeza. No tengo de ella más que un perfil, recortado en un papel á la luz... Algún día he de traerlo para que usted lo vea. Nunca se quiso retratar .. Le daban miedo los retratos... creía que iba á morirse... Rarezas, debilidades que tenemos todos y que se deben respetar. ¿Quién está libre de ellas? Mire usted: sin ir más lejos, una buena señora que vive en mi casa tiene el capricho de lavarse la cara y las manos con agua de Seltz...

GLORIA CAR. ¡Jesús, qué extravagancia!

Eso digo yo: pero no lo critico. Cada uno que se lave con lo que quiera. Mucho peor sería que no se lavase. Porque para mí la limpieza es lo primero. En teniendo salud, una pastilla de jabón y agua clara á mano, vengan penas. ¿Querrá usted creer que yo no tengo más que unas enaguas blancas? Bueno, pues mírelas usted. (Alzándose la falda y mostrándolas.) Como la nieve las llevo siempre. Y soy más pobre que una escoba. Y esto no es alabarme: porque una debe alabarse, en todo caso, de lo que se deba á sí misma; pero la limpieza es cosa de la educación; y á mí la educación me la dió muy buena mi papá el pobrecito, en los ocho años que tuve la suerte de que me viviera. Hay quien cree que la educación no consiste más que en «¿Cómo está usted?» «Bien, ¿y usted?» «¿La familia buena?» «A los piés de usted» «Beso á usted la mano» y «*Au revoir*.» Y es algo más que eso. Yo lo primero en que me fijo cuando conozco á una persona es en la educación y en la dentadura. Dígame usted, antes que se me olvide: ¿usted es madrileña?

GLORIA CAR. Por los cuatro costados.

Yo también; pero por un costado nada más. Verá usted por lo que digo esto: yo nací en Sevilla, y me bauticé—bueno, me bautiza-

ron, porque yo no había de bautizarme—en San Isidoro, patrón de la ciudad, como usted sabrá seguramente. A los cuatro días de nacida me trasladaron á Madrid, donde he vivido desde entonces y de donde me considero en realidad. Sería una ridiculez que yo dijese que soy andaluza. Mamá sí lo era: mamá era de Palos de Moguer, provincia de Huelva. De allí salió Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En cambio, papá era de Quel, provincia de Logroño; paisano de Bretón de los Herreros. Mi abuelita paterna era de Alcolea; usted habrá oído nombrar el Puente de Alcolea. Y mi abuelito de Grajanejos, provincia de Guadalajara. De mis abuelos por parte de madre nunca he tenido noticias. Sí sé que él era republicano y ella beata y armaban unas trifulcas muy grandes, pero nada más. ¿Y usted, no dice nada?

GLORIA Estoy entretenida oyéndola á usted.

CAR. La verdad es que no la dejo á usted meter baza. ¿Me hace usted el favor de decirme su nombre?

GLORIA Gloria, para servir á usted.

CAR. Gloria: ¡qué bonito! El mío es Caridad; pero todos me dicen Carita. Carita para arriba, Carita para abajo... ¿Su papá de usted se llama Cirilo?

GLORIA Miguel, Miguel. Por cierto que no sé lo que hace.

CAR. Andará ocupado. ¿Qué hora será ya, sabe usted?

GLORIA ¿Tiene usted prisa? Deben de ser las nueve y media. Deje usted; voy á llamarle. (Se levanta.)

CAR. No, no; si no lo he preguntado por eso...

GLORIA De todos modos... ¡Papá! (Vase al interior.)

ESCENA V

CARITA, JEREMÍAS, GLORIA y DON MIGUEL

JER. (De vuelta de su visita á la taberna, frotándose las manos de gusto.) ¡Bah! Es tontera: no hay mejor remedio contra el frío.

CAR. (Levantándose.) (¡Dios mío de mi vida! Ya está aquí el dichoso *pajarraco.)*

JER. (Tornando á su sillón.) (La niña de marras. Apuesto cualquier cosa á que trae la clave de temas.) (Al loro.) Miserias de la vida, Rodríguez. No te ocupes tú de eso. A ver qué te parece el que me han dado hoy. (Le echa el aliento al loro.) ¡Creo que se puede beber! (Reanuda sus combinaciones de dedos.)

D. MIG. (Saliendo con Gloria.) Hola, joven. ¿Otra vez aquí?

CAR. Sí, señor. He tenido la fortuna de encontrar la clave...

D. MIG. ¡Ah, caramba! ¿Encontró usted la clave?

JER. (Subrayando con el canticio su acierto.)

Con el capotín, tin, tin, tin,
que esta noche va á llover...

D. MIG. (Ya está aquel con la musiquita.) Bueno, pues... hija, por esto no le puedo dar más de una peseta.

CAR. Corriente... ¿qué le vamos á hacer? Buscaremos por otro lado... Ya ve usted, necesito comprar una medicina que cuesta seis reales...

GLORIA ¿Tiene usted enfermos en casa?

CAR. Mi hermano Mario: y probablemente será una pulmonía.

GLORIA ¡Vaya por Dios!

JER. ¡Nos las tragamos como el puño, Rodríguez!

CAR. He dicho mi hermano y no es mi hermano: pero en fin, como á hermano lo trato, ¿sabe usted?

D. MIG. Ea, pues tome usted los seis reales... Que no quede por mí.

CAR. Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco.

JER. ¡Vamos allá!

GLORIA ¿Qué gruñe usted, tío?

JER. ¡Nada!

D. MIG (A Gloria.) (Déjalo, mujer. El mejor día se va a encontrar con un diccionario en la cabeza.) Bueno, joven; celebraré que no sea nada lo del hermano.

CAR. Mil gracias. Ya le digo á usted que no es mi hermano.

D. MIG. Bien, es igual.

CAR. Es hijo de un señor, que es como si fuera mi propio padre. Porque cuando mi padre pasó á mejor vida, este señor de Galeote me recogió en su casa, y con él y con sus hijos vivo desde entonces. (Suspirando con pena.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!

D. MIG. ¿Galeote ha dicho usted? Un compañero Galeote tuve yo...

CAR. ¿En dónde?

JER. En galeras, sería.

D. MIG. Hombre, no seas necio. En la Administración de Hacienda de Córdoba. Por supuesto, de esto hace ya... ¡friolera! Aún no había usted venido al mundo.

CAR. Pues oiga usted, este señor también ha sido empleado.

D. MIG Mi compañero se llamaba Moisés Galeote.

CAR. ¡Moisés Galeote! ¡El mismo! ¡Mire usted que es casualidad! Mi padrino mismo. Don Moisés Galeote y Chorro.

D. MIG Justamente. Pues lo más salado del lance es que anoche soñé yo con Moisés. Una de tonterías... ¡qué sé yo!

CAR. Es muy particular lo que sucede con los sueños.

JER. ¡Muy particular!

CAR. Calderón decía que sueños son; pero á pesar de Calderon, en muchas ocasiones se acierta. Cuántas veces se dice : esta noche he soñado con Fulano... ¿Se acuerdan ustedes de Fulano?... Hombre, ¿qué habrá sido de Fulano, aquel que se fué á América? Y de pronto, ¡pun! Fulano. ¿No es verdad que ocurre? Yo, como sueño tantísimo... Rara es

la noche que no sueño. La otra noche soñé que me quedaba muda, y si vieran ustedes con qué angustia tan grande me desperté...

JER. Lo creo.

CAR. ¿Qué dice usted?

JER. ¡Que ha tenido ya tiempo de morirse el hermano de la pulmonía!

GLORIA Sí, sí, vaya usted pronto

CAR. Ay, es verdad. Me domina el vicio de la conversación. Ustedes perdonen. Hasta otro ratito... Y tantísimas gracias por sus bondades...

GLORIA Que se alivie el enfermo, ¿eh?

CAR. Gracias.

D. MIG. Y muchos recuerdos á Galeote.

CAR. De su parte de usted, don Cirilo. Se alegrará muy de veras de saber de usted. ¿Qué botica es mejor: esta de la esquina ó la de la vuelta de la calle?

JER. ¡Que se va á morir ese hombre!

CAR. ¡No me lo diga usted!... ¡Pícara charla!... Ay, hasta ahora no me había yo fijado en el loro... Lorito real, para España y no para Portugal... Vaya, que ustedes sigan bien. (Se va á la calle apresuradamente.)

D. MIG. (Riéndose.) El enfermo lo que tendrá será jaqueca... Digo yo. Voy á anotar la compra. (Va al escritorio y lo hace, mientras habla con Gloria y Jeremías.)

GLORIA Es muy simpática esa muchacha, ¿verdad?

D. MIG. Sí, pero habla demasiado, hija mía.

JER. ¡El que habla demasiado eres tú!

D. MIG. ¿Yo? ¿Por qué?

JER. Porque antes de cinco minutos tienes aquí á Galeote á darte un sablazo.

D. MIG. ¡Vamos, hombre!

JER. Antes de cinco minutos...

GLORIA ¡Siempre pensando mal!

JER. Tienes aquí á Galeote...

D. MIG. ¡Ya lo hemos cído!

JER. A darte un sablazo.

D. MIG ¿Sí, eh? Pues te advierto que como aciertes y me cantes el *Capotín, tin, tin, tin,* vamos á venir á las manos. ¡Es mucha impertinencia!

GLORIA Tiene razón papá: sabiendo usted que le mortifica...

JER. (Levantándose y yéndose por la puerta que da al interior.) Dice, *me haceis «de» reir, Don Gonzalo,* dice, pues *venirme á provocar*... (Aparecen en la calle y se detienen á mirar el escaparate de la librería dos Estudiantes. Tras breve disputa entra uno de ellos en el establecimiento, según se indica más abajo.)

ESCENA VI

GLORIA, DON MIGUEL y un ESTUDIANTE. Al final JEREMÍAS.

GLORIA Hay que armarse de paciencia con el tío.

D. MIG Cuéntamelo á mí, que estoy aguantando sus pullas desde que me casé.

GLORIA Y luego, si sirviera de algo...

EST. (Es un mocito de unos quince abriles. Entra muy decidido fumando un pitillo y tarareando un canto popular. Al reparar en Gloria se corta un poco.) Muy buenos días.

D. MIG. Muy buenos. ¿Qué desea usted?

EST (A don Miguel, al oído.) ¿Tiene usted *Las...?*

D. MIG (Mirándolo de arriba abajo.) No, señor, no.

EST. ¿No?

D. MIG. No.

EST (Lo mismo que antes.) ¿Y *Los ..?*

D. MIG. Tampoco.

EST. ¿Tampoco?

D. MIG. Tampoco.

EST. ¿Y...?

D. MIG. (Sin dejarlo acabar.) Tampoco: no se moleste usted.

EST Usted dispense... (¡Vaya una librería!) (Se va.)

D. MIG. Adiós, caballero. (¡Está buena la juventud dorada!)

GLORIA ¿Por qué ha venido ese chico, papá?

D. MIG ¿Ese? (Rascándose la cara.) Por un libro de texto.

JER. (Volviendo á salir.) Gloria: Catalina te necesita.

GLORIA ¿A mí?

JER. Está sobre el tapete un plato del almuerzo de hoy. Que si huevos fritos, que si tortilla...

GLORIA Voy allá, voy allá.

JER. Habrá huevos fritos, en la seguridad de que á mí me molestan.

GLORIA Pues pondremos tortilla

D. MIG. ¡No! ¡Huevos fritos!

JER. ¡Ya, ya lo he dicho yo! (Se sienta á su mesa.)

GLORIA (Llevándose su velo y su capa.) ¡Qué demonio de hombre!

ESCENA VII

DON MIGUEL, JEREMÍAS y PEDRITO

JER. (Al loro.) Oído, Rodríguez. Vamos á dar la lección.

LORO Dame chocolate.

JER. ¿Chocolate, eh? No, señor. Hay que alternar los placeres con el estudio.

LORO Dame chocolate.

JER. Fíjate bien, que estás muy torpe: «¡No te tires, Reverte!» ¿Lo has oído? «¡No te tires, Reverte!» «No-te-tires-Reverte.» A ver si te lo estudias: «No-te-tires-Reverte.»

D. MIG. Pero, hombre, qué cosas le enseñas al loro. «¡La mare e Dios!» «¡Pa mí que nieva!» «¡No te tires, Reverte!»

JER. ¡El otro! ¿Pues qué le voy á enseñar, majadero? ¿el discurso sobre las armas y las letras?

D. MIG. ¡Anda y que te emplumen! (A Pedrito, que llega en este momento de la calle, mustio como un lirio tronchado. Viste como cualquier escribiente de poco sueldo.) Hola, Pedrito.

PED. Hola, don Miguel.

D. MIG. ¿Vienes de la casa?

PED. Sí, señor.

D. MIG. ¿Y qué hay?

PED Que no traigo un cuarto.

JER. (Cantando.)

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover ..

D. MIG ¿Otra te pego? ¿Cómo voy á decirte que me molesta...? Pero ven acá, Pedrito de mis culpas: explícame... ¿No te parece á tí que ya es un abuso...?

PED. Oigame usted, don Miguel de mi corazón.

D. MIG. Habla.

PED. A mí puede usted redoblarme el trabajo en la librería, ponerme horas extraordinarias, mandarme con un baul á la estación, si es preciso, engancharme á un carro, si fuese menester, todo lo que usted quiera; pero por la gloria de sus difuntos, no vuelva usted á encomendarme el cobro de los alquileres.

D. MIG. Chico, me gusta la salida. ¿Quieres que me encasquete yo el sombrero y coja los recibos y vaya por tí? ¡Pues hombre!

PED. Es que usted no sabe lo que yo sufro. Y luego, vaye usted, siempre me vengo con las manos en los bolsillos.

D. MIG. Ahí tienes lo que yo no acabo de comprender. Porque buena está la falta de carácter, la delicadeza... hasta la compasión, si se quiere... pero .. Vamos ver: ¿qué te ha dicho el sacristán del 5? Ocho meses debe.

PED. Pues me ha dicho que no cree en Dios desde que lo echaron de la Parroquia.

D. MIG. ¿Y eso qué significa? ¿Por qué no paga?

PED. Porque confiesa que si antes pagaba era sólo por temor de Dios, pero que ahora que no cree, que le entren moscas...

D. MIG. ¿Habrá descaro igual?

PED. Pues la del 15 también es de oro y pedrería, no crea usted. Dice que no da un céntimo mientras no se le ponga otra chimenea.

D. MIG. ¡Caray con la mujer! El mes pasado que ladrillos nuevos, el anterior que zócalo, ahora que chimenea...

PED. Ya le he dicho á usted que tiene muchos humos esa señora.

D. MIG. Oye, ¿y el del 23, que debe ya cerca de un año?

PED. ¿Cuál? ¿ese á quien le llaman el *Tuétanos?* Ese es un animal de bellotas. Imagine usted que á tiempo de ir yo á empujar la puerta del cuarto, oí como rumor de gritos y bofetadas, y clara y distinta la voz del *Tuétanos*, que decía poco más ó menos: «¡Grandísi-

ma...—bueno, aquí un adjetivo fuerte, bastante fuerte—al primer tío ladrón que vea yo entrar por esa puerta, le doy dos patás en las mandíbulas!»

JER. ¿Y entraste?

PED. ¡Un demonio!

D. MIG. Pues hijo, unos por fas y otros por nefas... el resultado...

JER. Por fas es que no hay vergüenza en la reunión... y por nefas lo mismo.

PED. Luego, esta es otra: Perico el del 14 se ha caído desde un andamio... y tiene cuatro criaturitas... la mayor así... y hay que ver aquel cuadro... ¿y quién presenta allí el recibo?.. Los chicos herreros del 31 están sin trabajo desde hace quince días. Esos son buena gente, ¿sabe usted? Poco menos que se me hincaron de rodillas .. usted calcule... ¿Quién es capaz de presentarles el recibo? Al ciego del 13 se le ha muerto la perra que lo acompañaba... y es un dolor oír al pobre viejo... ¿Cómo se le presenta el recibo? El armero del 24 me recibió apuntándome con una escopeta de dos cañones... ¿Usted cree que yo presento allí el recibo?... En fin, así todos.

D. MIG. ¡Pues estamos frescos! Vaya por Dios, hombre, vaya por Dios ..

JER. Con lamentos es como no se adelanta nada.

D. MIG. ¿Le parece á usted? Tú dirás, hombre, tú dirás lo que hacemos. Habla: expón tus planes redentores. Y si no, escríbeme tus consejos en un papel, como Don Quijote á Sancho cuando se fué á gobernar la ínsula.

JER. Si mi hermana levantara la cabeza...

D. MIG. Cállate, Jeremías. Calla, por Dios, que me traes á la memoria dos amarguras: la de que ella falta, y la de que yo no sé sustituirla. ¿Me vas á enseñar á mí que á su inteligencia, á su actividad, le debo yo el bienestar de que disfruto, los ochavos que tengo, tú el pan que comes, éste lo que cobra, mi hija lo que sabe?... ¿Me lo vas á enseñar á mí? Pero ¿es mía la culpa de haber nacido tonto

de capirote, vamos á ver? ¿Cómo he de remediar yo al cabo de mis años el no entender lo que son negocios, ni lo que es la gente, ni lo que es la vida?

JER. Ese lenguaje es inverosímil en un casero. (se levanta.)

D. MIG Bueno, sí; bien está... Ya veremos lo que se ha de hacer. Vosotros también sois para el avío. Tú, Pedrito, ten la bondad de tomar con más fuego las cosas de la casa y más en frío el estudio de esos dramas y comedias que has dado en representar de algún tiempo á esta parte. Mira que está la librería manga por hombro... Es una compasión.

PED. Descuide usted: en lo que de mí dependa yo he de procurar... Sentiría que usted creyera que no me intereso...

D. MIG ¿Cómo he de creer, si te conozco demasiado ..?

PED Le juro á usted que para mí las cosas de ustedes ..

D. MIG. Sí, hombre, sí; no vayas á llorar. ¡Era lo único que nos faltaba!

ESCENA VIII

DICHOS y DON MOISÉS

(Don Moisés, que momentos antes de salir aparece detrás del escaparate y desde allí mira al interior de la librería para cerciorarse de que es la de don Miguel, se cuela de rondón y cae sin que Dios lo remedie sobre Jeremías, que á la sazón se calienta al brasero, y al cual abraza muy estrechamente con muestras de la más viva emoción. El pelaje de don Moisés es de lo más sobrio: zapatos de lona, muy viejos; pantalón de color indefinible; gabán de entretiempo abrochado y con el cuello en pie, y sombrero de paja, muy tostado del sol y con las alas caidas en forma de pantalla. El pantalón y el gabán en ese lastimoso estado en que ya no los toman en las casas de préstamos.)

D. MOIS. ¡Ah!

JER. ¡Eh! ¡hombre!

D. MIG. ¿Quién es este loco?

JER. ¡Que me tritura usted, compadre!

D. MOIS. ¡Miguel! ¡Miguel!

JER. ¿Qué Miguel? Si yo no soy Miguel...

D. MIG. Si Miguel soy yo..

D. MOIS. ¡Ah! ¡tú! ¡Miguel!

D. MIG. (Reconociéndolo.) ¡Galeote! (Se abrazan fuertemente.)

JER. (¡Galeote!) (Cantando.)

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

PED. (Debe de ser amistad muy antigua.)

D. MIG. Chico, cuánto me alegro; la verdad es que no te esperaba.

JER. (Yo sí.)

D. MOIS. ¡Quita allá, por Dios! Me ha faltado tiempo... (A Pedrito.) ¡Ven á mis brazos tú! Y permíteme que te tutee.. (Lo abraza.) ¡Tienes toda la cara de tu padre! (A don Miguel.) Eres tú mismo, cuando estábamos allá en Córdoba...

D. MIG. ¿Qué dices, hombre?

D. MOIS. La mirada, la sonrisa... ¡Tú, tú!

PED. Dispense usted, pero..

D. MIG. Te advierto que este no es mi hijo.

D. MOIS. ¿No?

JER ¡Ni le toca nada!

D MOIS. Chico, ha sido una ofuscación... Lo declaro. ¡Porque es que no he visto dos caras más distintas! No sé por donde... Nada, una ofuscación. (A Pedrito.) Bien, y usted me dispensará el tuteo...

PED. Calle usted; no vale la pena...

D. MIG. Siéntate, siéntate.

JER. (Estamos enfrente de un gran peligro. Voy á prevenir á Gloria y á Catalina.) (Vase al interior. Pedrito corre de aquí para allá y se sube á la escalerilla, arreglando las anaquelerías y trasladando pilas de libros de un lado á otro. Don Moisés y don Miguel se sientan al brasero.)

ESCENA IX

DON MIGUEL, DON MOISÉS y PEDRITO

D. MOIS. (Quitándose el sombrero y descubriendo una calva ignominiosa.) ¿Me encuentras muy viejo, no es verdad?

D. MIG. Avejentadillo te encuentro, sí. Pero has de ver que ya no somos chicos de la escuela.

D. MOIS. ¡Ah! Tú estás hecho un pollo. ¡Qué brillo en la mirada! ¡Qué colores!...

D. MIG. Je, je...

D. MOIS. Dime, ¿qué es de tu vida? ¿Al fin te casaste?

D. MIG. (Suspirando.) ¡Ay! Sí, hombre, sí: me casé. . y he enviudado ya.

D. MOIS. ¡Cómo vuelan los años!

D. MIG. Por mi mujer llevo este luto.

D. MOIS. ¡Pobre Nicolasa!

D. MIG. ¿A quién te refieres?

D. MOIS. A tu mujer: ¿no era Nicolasa?

D. MIG. No, hijo, no: Lorenza.

D. MOIS. Perdóname, Miguel; estoy empecatado. Es que como mi pobre Elvira se llamaba Nicolasa...

D. MIG. ¿Qué dices?

D. MOIS. ¡Jesús! Desvarío... Concluirás por no hacerme caso. Padezco distracciones horribles; equivoco las palabras, trueco los conceptos. . Las zarzas del camino, chico.

D. MIG. (¡Pobre Moisés!)

D. MOIS. ¿Tienes algunos hijos?

D. MIG. Una hembra: Gloria.

D. MOIS. Gloria será en efecto.

D. MIG. Es buena, es buena: no puedo quejarme. ¿Y tú, Moisés? Cuéntame tu vida.

D. MOIS. No deseo otra cosa. Es un barco de penas: estoy en alta mar... y no veo tierra por ninguna parte. (Cogiéndole una mano á don Miguel.) ¿En tí tengo un amigo, verdad?

D. MIG. No me lo preguntes.

D. MOIS. ¿Puedo abrirte mi pecho?

D. MIG. Sí.

D. Mois. Pues mira. (Se pone de pie de espaldas al público, y desabrochándose el gabán, le muestra el pecho á don Miguel. En seguida vuelve á abrocharse y se sienta.)

D. Mig. ¡Ave María purísima!

D. Mois. Esto te dirá mejor que palabra ninguna, en qué terrible situación *hame* colocado el infortunio.

Ped. (Sí, lo que es nadando en la abundancia ya se ve que no está.)

D. Mois. Después que nos separamos en Córdoba, la desventura me hizo su hijo predilecto .. y todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, fueron crisálidas de desengaños...

Ped. (Hombre, eso está bien.)

D. Mois. Dame un pitillo.

Ped. (Eso no está tan bien.)

D. Mois. Quiero ver si se me quita con el tabaco este amargor de lágrimas que me viene á la boca. (Don Miguel le da un cigarro y ambos fuman.) ¡Ay, Miguel, Miguel; cuánto he padecido, cuánto he sufrido! No encontrarás un dolor en el mundo que no me sea tan familiar como el abrir y cerrar los ojos. ¿Ves cómo estoy de canas? Pues cada una es una herida, cada una es un desengaño, cada una es un amigo que he perdido.

Ped. (¡Caramba! ¡pues ha debido de tener muchas relaciones!)

(Don Moisés quiere sollozar y no le sale.)

D. Mig. Vamos, tú, ¿qué se le ha de hacer? No te apures.

D. Mois. ¿Tú conociste á mi segunda mujer?

D. Mig. Sí, hombre, sí: María.

D. Mois. Pues bien, llora conmigo: ¡ya no vive!

D. Mig. ¿No?

D. Mois. (Rompiendo á llorar al fin.) No. ¡Ni mi primera mujer tampoco!

Ped. (¡Naturalmente!)

D. Mois. (Enjugándose el llanto.) ¿Te acuerdas de mi Baldomero?

D. Mig. ¡Vaya!

D. Mois. ¡El rey de la casa! ¡la alegría del mundo!... Permiteme que vuelva á llorar al calor de su querido recuerdo. (Suelta el trapo otra vez.)

PED. (Pues señor, nos va á meter el corazón en un puño.) (Pasa Catalina con una alcuza desde la puerta del interior á la de la calle, por donde se va santiguándose y sin quitar ojo á don Moisés mientras pasa.)

D. MIG. Moisés, querido Moisés, sosiégate. No te falte el valor á última hora.

D. MOIS. (Serenándose.) Dispensa: dices bien. Con la muerte de mi chico, la noche tendió su manto en mi casa: me dejaron cesante... Uno de esos ministros sin conciencia que de una plumada se comen el pan y se beben el agua de una familia... Hice los imposibles por lograr mi reposición: inútil. Trabajé en otras cosas: inútil. Descendí de clase: quise ser cobrador de un tranvía: inútil. Me fuí á América, la tierra de los desesperados: padecí y padecieron los míos hambre y sed. Volví á España. Nuevamente procuré ser de todo; lo intenté todo, lo palpé todo, y lejos de encontrar la ansiada aurora no hallé sino nuevas penas, nuevos dolores, nuevas amarguras, nuevos desengaños..

PED. (¡Se nos viene con *latiguillos* el buen viejo.)

D. MIG. ¿Cuántos hijos te quedan?

D. MOIS. (Sollozando antes de contestar.) Dos.

D. MIG. ¿Alguna hija?

D. MOIS. (Vuelta á los pucheros.) Ninguna. (No se lo digo.)

D. MIG. ¿Y esa chicuela por quien he sabido de ti?

D. MOIS. ¡Ah! ¡Carita! ¡Pobre ángel de Dios! Huérfana y sola desde muy niña, yo la recogí en mi hogar humilde.

D. MIG. Parece muy buena muchacha.

D. MOIS. Es tan buena como bonita... y tan bonita como desgraciada. La risa huyó de sus labios cuando aún no contaba ocho primaveras. Unida á nuestra suerte la suya, hoy también llora con nosotros.

D. MIG. Pero ¿tan triste es tu situación actual?

D. MOIS. ¡Desesperada, chico! Es la de aquel que está en la barandilla del Viaducto dispuesto á arrojarse de cabeza, y no espera otra cosa que la mano de un guardia que lo sujete. Mira: mi hijo Calixto, harto ya de sufrir pe-

nalidades, hace tres meses que voló de mi hogar: *fuese* á correr fortuna. No sé de él. Mi hijo Mario, en quien—¿á qué voy á ocultártelo á ti?—tengo puestas todas mis esperanzas y todas mis ternuras... postrado está en la cama del dolor. Se me muere, Miguel, se me muere en aquella fétida guardilla. No tengo recursos, no tengo medios... ¿qué hago? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: el casero me ha dicho que nos va á plantar en la calle. Ahí tienes una desventura mayor: ahí la tienes.

PED. (¡Corcho! ¡eso es del *Drama nuevo!* ¡Si lo estoy ensayando yo!..)

D. MIG. ¡Jesús, Jesús, Dios mío!

D. MOIS. Y lo hará, Miguel; créeme que lo hará. Nos pondrá enmedio del arroyo sin consideración al enfermo ni á nada. Los caseros son unos animales.

D. MIG Hombre, hay de todo... Ya tú ves, yo también soy casero... Je...

D. MOIS. (Recogiendo velas.) Chico... perdona... he dicho animales .. en el buen sentido de la palabra.

PED. (¿Cuál será el buen sentido ese?)

D. MIG Pues nada, no te apures...

D. MOIS. ¿No he de apurarme, si tendré que llevar al hospital á mi pobre hijo?

D. MIG. Para algo vivo yo en el mundo. No hables de eso siquiera.

D. MOIS. ¿Eh? ¿qué dices?

D. MIG. Que tu hijo no irá al hospital, ni por pienso...

D. MOIS. (Estrechándole las manos.) ¡Miguel! ¡Miguel!

D. MIG. Que se remediará en lo posible tu situación, porque todo tiene arreglo en el mundo, en no siendo la muerte...

D. MOIS. ¡Miguel!

D. MIG. Y que adonde nos vamos ahora mismo los dos es á tu casa. (Levantándose.) Anda, que ya tardamos.

D. MOIS. ¡Miguel! (Se le echa encima llorando á moco y baba, y lo estrecha y lo moja que es una bendición.)

PED. (Este don Miguel es un bizcocho de canela.)

D. MIG. Vaya, no llores más... no seas niño... que vas á contagiarme.

D. MOIS. Lloro, sí, lloro... Son tus palabras benditas las únicas gotas de rocío que desde hace muchos años han caído sobre mi corazón. ¡Dios querrá que algún día pueda pagarte!

D. MIG. Vamos, calla ó me enfado. No se hable más del particular. Tranquilízate... Verás: antes de irnos vas á conocer á mi hija.

D. MOIS. ¡Sí, hombre, sí!

D. MIG. ¡Gloria! ¡Gloria! (Vase al interior de la casa llamando á Gloria.)

ESCENA X

DON MOISÉS y PEDRITO; luego GLORIA y DON MIGUEL, JEREMÍAS y CATALINA

(Don Moisés se deja caer sollozando en la silla en que estaba. Pausa.)

PED. (Diablo, parece que tiene hipo.) (Acercándose á don Moisés.) ¿Quiere usted un poco de agua, caballero?

D. MOIS. (Apretándole una mano sin mirarlo.) Gracias, noble pollo.

D. MIG. (Saliendo del interior de la casa con Gloria. Se ha quitado la gorra y trae el sombrero en la mano.) Aquí la tienes.

D. MOIS. (Levantándose de un salto.) Señorita.. ¡Dios Todopoderoso! Chico, si parece que estoy viendo á Nicolasa...

GLORIA ¿A quién?

D. MIG. A tu madre, dice.

D. MOIS. Ay, es verdad: he vuelto á confundir el nombre. (Sale Jeremías también del interior, receloso como un gato arisco, y se sienta á su mesa.)

GLORIA ¿Me encuentra usted parecido á mi madre?

D. MOIS. ¡Una estampa! ¡una estampa! Desde luego es usted tan bonita, y seguramente será usted tan buena.

GLORIA Mil gracias, señor.

D. MOIS. ¡Es ella, Miguel, ella misma! ¿Recuerdas cuando la conocimos?

D. MIG. Figúrate si me acordaré.

D. MOIS. Las veces que paseamos juntos la calle... lo colorado que tú te ponías á cualquier novedad...

D. MIG. El miedo que le teníamos los dos al abuelo de ésta...

D. MOIS. ¡Qué tiempos aquellos! .. ¡Ay, Miguel, me parece que respiro de otra manera! .. El recuerdo de nuestra juventud, esta casa, tu hija, el cariño con que me tratas, el noble amparo que me ofreces...

JER. (¡Ya pareció aquello!) (Como si le hubieran puesto una banderilla, se levanta y empieza á pasearse por el foro.)

D. MOIS. Anda; vamos á llevarles á los míos estos rayos de sol.

D. MIG. Vamos, sí; vamos en seguida. Hasta luego. (Echa á andar hacia la puerta, la abre y aguarda á don Moises, que se despide.)

D. MOIS. (Cogiéndole las dos manos á Gloria.) Niña, aunque se le muera á usted su padre, no se apure usted...

PED. (¡Atiza!)

GLORIA Por Dios...

D. MOIS. Usted perdone... he querido decir... que no importa nada que él se muera...

D. MIG. ¡Hombre! ¡hombre! Déjate ahora de...

JER. (¡Qué estúpido!)

D. MOIS. Vamos, que en mí tiene usted un segundo padre.

GLORIA Ah; muchísimas gracias.

D. MOIS. (Saludando á Jeremías.) Caballero...

JER. ¡Abur!

D. MIG. Acaba, hombre.

D. MOIS. (Tropezando con Pedrito, á quien tira una pila de libros que lleva en la mano.) Joven...

PED. ¡Eh! ¡cuidado!

D. MOIS. Usted me dispense.

GLORIA (Va loco.)

(Don Moisés, aturdido ya, tropieza también con Catalina, que llega de la calle cuando él se marcha.)

CAT. ¿Ande yeva usté loz ojos, zeñó?

D. MOIS. ¡Fijos en el cielo de la dicha!

D. MIG. Anda, anda. (Deja pasar á don Moisés.)

CAT. (Llevándose las manos á la cabeza.) (¡Ze van los dos juntos!)

JER. (Refunfuñando.) ¡Lo engañan! ¡lo explotan!

D. MIG. Vuelvo en seguida, ¿eh? (A Jeremías.) ¿Qué te sucede á ti, que así bufas?

JER. ¿No lo ves? ¡Que estoy muy contento!

D. MIG. Pues mira, no lo estarás tanto como yo. Hasta luego. (A don Moisés echándole una mano por la espalda.) ¿Vamos? (Jeremías y Catalina hablan en voz baja escandalizados y Gloria auxilia á Pedrito en la tarea de recoger los libros del suelo. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trastienda de la librería de don Miguel. A la izquierda del actor el hueco de puerta que comunica con el establecimiento. La pared de la derecha se une á la del foro formando chaflán. En medio de éste, una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Ambas paredes laterales cubiertas por completo de anaquelerías llenas de libros. En la del foro, hacia la derecha, una ventana grande con reja, que da al patio de la casa y cuyas puertas aparecen cerradas en este acto. Cerca de la ventana una máquina de coser. Arrimados á la pared montones de libros y una escalerilla de mano. En el centro de la escena una mesa-camilla. En torno varias sillas finas de enea y dos butacas de gutapercha. Estera de pleita.—Es de noche. Pendiente del techo una lámpara de luz eléctrica encendida.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y PEDRITO

(Don Miguel, sentado á la camilla en una butaca, lee un periódico. Tiene puestas la capa y la gorra, como en el primer acto. Poco después de levantarse el telón sale Pedrito de la tienda con un libro en la mano.)

PED. Oiga usted, don Miguel.
D. MIG. ¿Qué quieres?
PED. ¿Se puede dar esto por diez reales?
D. MIG. (Examinando el libro.) ¿Esto? ¿Quién lo pide?
PED. Ese muchacho de la barba negra y los len-

tes que se llevó el otro día la *Historia de las ideas estéticas* ..

D. MIG. Ah, sí, hombre: es parroquiano asiduo. Dáselo.

PED. Le diré que por ser para él... (Echa á andar y á la mitad del camino se detiene y suelta un suspiro que parte el alma.) ¡Ay!

D. MIG. ¿Qué te pasa, Pedrito, que andas hoy así como tonto y das unos suspiros...? ¿Tienes amores imposibles?

PED. No son flojos amores.

D. MIG. ¿Algo, quizás, del teatro de doña Guadalupe?

PED. Pues ¿qué ha de ser? Calcule usted que ya no hacemos el *Drama nuevo*.

D. MIG. ¡Diablo de contrariedad! Pero anda, anda, que espera ese señor.

PED. Está muy entretenido viendo unas láminas... (Baja la voz como si temiese ser escuchado.) Mire usted, don Miguel, cometió doña Guadalupe la torpeza—ya se lo advertí yo—de repartirle el papel de Alicia á la hija del sastre del portal, y ahora no sabe cómo quitárselo

D. MIG. ¡Jesús qué desatino! Mira tú que á la hija del sastre .. ¿Estaría la pobrecita para matarla?

PED. Para matarla, no; pero para herirla gravemente, desde luego. Y quien paga los vidrios rotos soy yo.

D. MIG. ¿Por qué?

PED. ¡Ahí es nada! Figúrese usted que para el martes quieren que me estudie *La esposa del vengador* y *El nudo gordiano*.

D. MIG. ¡Aprieta! Estos aficionados las gastan así. ¡Buena va á andar la librería de aquí al martes!

PED. Eso no, don Miguel: primero es la obligación que la devoción.

D. MIG. Bueno, pues vete á demostrarlo; no te detengas más.

PED. Ya, ya me voy. (Se asoma á la librería.) Ese caballero sigue distraído con las laminas.—Lo que iba á decirle á usted, don Miguel: en *La esposa del vengador*, que ya he hecho otras

veces, estaré... vamos... en fin, no es que yo me alabe, pero... las personas que me la han visto hacer se han quedado con la boca abierta. En cambio en *El nudo gordiano* me van á dar dos tiros.

D. MIG. ¿Por qué, simple?

PED. Porque yo no siento los dramas de levita, eso es.

D. MIG. ¡Ja, ja, ja!

PED. No se ría usted, no señor, que no los siento. Puede que sea porque no tengo levita, pero no los siento.

D. MIG. ¿De manera que todo tu equipaje es de capa y espada?

PED. ¡Quiá! ¡Si tampoco tengo equipaje! Pero los trajes de capa y espada me los presta Roquete, un cómico muy amigo mío.

D. MIG. Tonto, pues que te preste la levita Roquete.

PED. Es que las levitas de Roquete... también son de capa y espada.

D. MIG. Vaya por Dios. Y basta de palique, ¿eh? A cumplir tus obligaciones.

PED. No me reprenda usted, don Miguel; póngase en mi caso... (Yéndose á la librería.)

Aquí mi padre espiró,
aquí morirá Pacheco.

D. MIG. Ese va á perder la cabeza con los dramas.

ESCENA II

DON MIGUEL y GLORIA; después JEREMÍAS

GLORIA (Viene del interior de la casa con una labor, que deja sobre la camilla.) Ay, qué demonio de muchacha.

D. MIG. ¿Quién?

GLORIA Carita. No hay modo de hacer carrera de ella. Ha simpatizado con Catalina, que charla más que ella todavía, y allí las tienes á las dos fregando platos y dorando peroles.

D. MIG. Déjalas. Esa Carita es una joya. Mira que se mete por el corazón.

GLORIA Carita y todos ellos.

D. MIG. Ah, sí. Mario es la misma flor de la simpatía.

GLORIA ¿Verdad que sí, papá? ¡Pobre chico! Aún está muy débil.

D. MIG. Muy débil, sí.

GLORIA La que ha pasado ha sido buena. Una pulmonía doble no la cuentan todos. (Se acerca á don Miguel y baja un poco la voz.) Por cierto, papá, que tengo que pedirte una cosa. Haz el favor de decirle al tío Jeremías que no sea tan imprudente con ese chico. Le suelta unas pullas y unas indirectas que encienden lumbre.

D. MIG. Disgustado me tiene eso, no creas tú. El domingo tuve con él unas palabrillas á cuenta de la ropa que les hemos sacado del Monte. ¿Qué quería? ¿que anduvieran en cueros por la casa? La ha tomado en una forma tan grosera con toda la familia...

GLORIA Pero principalmente con Mario. (¿Qué hará que no viene?) Debía bastarle el considerar que están amparados aquí, para tratarlos de otro modo...

D. MIG. Claro es

JER. (Sale, paseando, del interior de la casa y se va á la librería. Trae en la mano una copita de aguardiente, en la que mete las narices como si se las quisiera bañar.) Dice, *tiempo libre, bolsa llena,* dice, *buenas mozas y buen vino;* dice, *¡cuerpo de tal qué destino!* dice, y *todo ello á costa ajena.* Vase. (Se va en efecto.)

GLORIA ¿Ves tú?

D. MIG. Ya, ya veo. Te digo que me ha faltado poco...

GLORIA Sí, tú también gastas una calma... Siempre te falta poco.

D. MIG. Este ruín, incapaz de querer á la camisa que lleva puesta... Lo que tiene entre cuero y carne es el escozor de lo que yo he hecho con esa pobre gente; cosa que á él le parece inverosímil.

GLORIA Si todos fuésemos á pensar como él... Pero tú, papá, no has hecho más que lo que has debido, y allá cada uno con su conciencia.

D. MIG. (Levantándose.) Ahí está el toque. Yo tengo mi alma en mi cuerpo y mi libre albedrío como el más pintado, y estoy en mi casa, donde soy señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sé...

GLORIA Bueno, déjate ahora de *Don Quijote.*

D. MIG. Es que me indigna ese Jeremías. Quisiera yo que hubiese él venido conmigo á casa de esa buena gente y hubiese visto el cuadro que yo ví. ¡Qué alcoba, hija, qué alcoba! Un tugurio de lo más miserable. El pobre Mario tendido en un jergón, medio muerto de frío, porque allí entraba el viento por donde le daba la gana; el padre casi encueros; Carita llorando en un rincón; la cocina sin lumbre; la despensa sin pan... ¡qué se yo! No pude, ni quise contenerme... Fué aquello un impulso invencible de todo mi ser. «¡A mi casa!—les dije.—Allí, hasta que pase la nube.» Y hubieras tú visto, Gloria, hubieras visto entónces qué llanto de gratitud, qué besarme las manos, qué extremos... Me avergonzaron y tuve que escaparme, no te digo más... Para que se nos venga ahora ese brujo de Jeremías con pullas y más pullas, enderezadas á amargarme esta satisfacción que yo tengo, sin duda porque él no la puede sentir igual en los días de su vida. (Vuelve á sentarse.)

GLORIA Ni más ni ménos. Y sobre todo, papá, que es lo que yo digo: en los veinte que llevan aquí, ¿han hecho algo que justifique esa ojeriza?

D. MIG. Al contrario. Si se pasan las horas queriendo agradar...

GLORIA La pobre Carita se desvive... á todo atiende...

D. MIG. Y Moisés lo mismo.

GLORIA Ah, ese buen señor no sosiega. (Sale Jeremías del establecimiento con la copita de antes apurada, y se detiene un punto oyendo la conversación de don Miguel y Gloria.)

D. MIG. Allá veremos si en eso de los retratos al carbón le sopla la fortuna.

GLORIA En su cuarto está ahora dándole los últimos toques á ese que le encargaron el domingo.

D. MIG. Como que es su obsesión: aportar algunos cuartos al gasto de la casa. Yo ya le he dicho que no piense que voy á aceptar... Pero me ha contestado que por fuerza tomaré lo que él gane mientras viva aquí con nosotros.

JER. (Sentenciosamente.) Cobrará el retrato, y no vereis un perro chico.

GLORIA ¿Usted qué sabe?

JER. Cobrará el retrato...

D. MIG. ¡Cal'a, majadero!

JER. ¡Y no vereis un perro chico!

GLORIA ¡Dale!

JER. (Viendo venir á don Moisés por la puerta que da al interior de la casa y yéndose por ella después de saludarlo.) Nuestro hombre se acerca. A sus órdenes, querido Van Dick.

ESCENA III

GLORIA, DON MIGUEL y DON MOISÉS.

D. MOIS. (Más decentito que en el primer acto. Trae un rollo grande en la mano y el sombrero puesto.) ¡Je, je! Van Dick me dice... Tu cuñado me hace mucha gracia...

D. MIG. ¿Sí?

D. MOIS. ¡Mucha! (La misma que si me afeitaran en seco.) Conque, yo voy á entregar este mamarracho.

D. MIG. Déjalo para mañana, bobo. ¿Qué prisa te corre?

D. MOIS. Ninguna. Pero me conviene entregarlo de noche, porque la luz artificial *le va* mejor que la febea. Volveré antes de que cerreis. Mirad cómo ha quedado. (Desenvuelve el rollo y enseña su obra, que es un retrato de busto de tamaño natural, menos que medianamente hecho al carbón.)

GLORIA A ver, á ver...

D. MIG. ¡Bravo, chico! ¿Sabes que me gusta?

GLORIA Está admirablemente.

D. MOIS ¿Sí, eh?

D. MIG Nuestra opinión no vale, pero...

D. MOIS ¿Cómo que no vale? Un hombre de tu gusto, y de tu cultura, y de tu...

D. MIG. Me estoy fijando... y no sé qué le encuentro á la boca.

D. MOIS. No me toques á la boca, por Dios. La boca es la misma. Mírala así. (Guiña un ojo y se pone delante del otro una mano á guisa de anteojo.)

D. MIG. (Imitándolo.) ¿Así? Chico, ciertamente.

GLORIA Yo á lo que le noto algo raro es á las narices...

D. MOIS. No me toques á las narices. Míralas así. (Como á don Miguel.)

GLORIA Ay, es verdad: así se salen del papel.

D. MIG. Oye, pues no dejes de decirle al dueño que lo mire así.

D. MOIS. (Enrollando el retrato.) ¡Ja, ja, ja! No estaría de más, no te creas. Vaya, vuelvo al instante. (Fijándose en una solapa de don Miguel.) ¿Qué tienes tú aquí?

D. MIG. No sé...

D. MOIS. Una mancha de... de... ¿de qué es esto? Grasa, grasa parece. Mañana te daré con tierra de vino... ¿Tú no querías botones, Gloria?

GLORIA Me los ha traído ya Carita, don Moisés. (Se sienta á hacer labor.)

D. MOIS. Corriente.

D. MIG. Oye, por si tardas un poco y hemos cerrado cuando vengas, ¿tú conoces la entrada del portal?

D. MOIS. Sí. Lo que no sé es la gracia del sereno.

GLORIA La gracia del sereno es no venir cuando se le llama.

D. MOIS. ¡Ja, ja, ja! ¡Los mismos golpes de su madre!

D. MIG. Bartolo es la gracia.

D. MOIS. Bartolo: no se me olvida. Como Murillo. Conque, soy de ustedes. (Se marcha á la calle.)

D. MIG. Adiós.

GLORIA Adiós.

ESCENA IV

GLORIA, DON MIGUEL y MARIO

(Sale Mario de las habitaciones interiores. Viste traje de americana en no mal uso.)

MARIO ¿Qué hacen tan calladitos el padre y la hija?

GLORIA (Ya está aquí)

D. MIG ¿Y usted, qué hacía por allá dentro, perdido?

GLORIA ¿Ayudarle á Carita á fregar peroles?

MARIO No por cierto. He estado embromando un rato á don Jeremías.

D. MIG. ¡Duro, duro en él!

MARIO Es delicioso. Acabo de decirle que hace vida de pisapapeles. (Sueltan la risa Gloria y don Miguel.) Y se me ha puesto por las nubes.

D MIG Eso prueba lo atinado de la comparación.

MARIO A mí me divierte muchísimo. Le cuento unas patrañas sólo por oirle... Tuvo que ver anoche cuando le juré que hace seis años fuí vendedor de babuchas en Egipto.

GLORIA ¡Ja, ja, ja!

MARIO Porque, eso sí: no me paro en barras. En mis conversaciones con él ya le he dado tres ó cuatro vueltas al mundo.

GLORIA Lo va usted á matar á berrenchines.

D. MIG. No, hija, no: descuida, que á ese no lo mata nadie.

MARIO (Se hará lo que se pueda. Y veremos quién puede más.) (Se sienta junto á Gloria.)

D. MIG. Bien pronto ha recobrado usted el buen humor, amigo Mario.

MARIO En cuanto he visto asegurado el pellejo, que fué lo que me preocupó algunos días.

GLORIA ¿Le tiene usted cariño á la vida?

MARIO Más que nadie. Y mire usted que la mía no ha sido hasta el presente ningún caminito de flores; pero eso mismo ayuda á quererla... Cuanto más desgraciada es una persona, más se la quiere, ¿no es verdad? Pues lo pro-

pio me ocurre conmigo: cuanto peor lo paso en más me estimo y me creo más digno de pasarlo bien. Y como tras unos días vienen otros, y hay más días que longaniza, según dicen, y longaniza me consta que hay mucha, ¡adelante! ¡á vivir!

D. MIG Filosofías de hombre sano que recobra la fuerza perdida.

MARIO Es cierto. Estoy mucho mejor. Hace tres días apenas podía tenerme de pie. Pero ayer y hoy noto que entra la salud en mi cuerpo sin pedir permiso, despreciando papelillos y píldoras, de rondón, libre, franca, lo mismo que entra en mi alcoba la luz del día cuando abro las ventanas al levantarme.

GLORIA Gracias á Dios.

MARIO Justo: gracias á Dios, que los puso á ustedes en la tierra. Tengo un presentimiento que me hace feliz...—bueno, yo soy más supersticioso que una gitana. Digo que tengo el presentimiento de que, merced á la casualidad que aquí me ha traído, desde esta fecha va á tomar mi vida rumbo más próspero.

GLORIA (Candorosamente.) Oiga usted; y yo que, sin saber por qué, he pensado lo mismo. .

D. MIG. Hombre, es muy natural que suceda. No es cosa de que estén ustedes toda la vida tragando rejalgar. Dios aprieta, pero no ahoga.

GLORIA (Mirando al interior de la casa.) El tío Jeremías viene ahí. Cambiemos de conversación.

D. MIG. Sí, sí: doblemos la hoja.

ESCENA V

DICHOS y JEREMÍAS, luego PEDRITO

MARIO Van ustedes á oirlo. (Sale Jeremías del interior, chocando y enredando los dedos como de costumbre, y pasa hacia la tienda. Al oír á Mario se detiene á escucharlo con muy mala intención.) Precisamente en aquella época, querido don Miguel, era yo cervecero en Alemania...

GLORIA (¡Virgen!)

D. MIG. Sí, sí; si hablamos de eso el otro día...

JER. ¿En qué época era eso, puede saberse?

D. MIG. (Ya, ya...)

MARIO Sí, señor; eso era... en Agosto del 95.

JER. ¡Alto el carro! ¡No aguanto más bolas!

MARIO ¡Don Jeremías! (Gloria y don Miguel contienen la risa.)

JER. ¡Tengo apuntadas en un papel todas las cosas que ha sido usted en Agosto del 95! (Se ríen los tres.) No hay que reirse... Aquí está. (Saca de un bolsillo un papel y lee con fruición.) Este caballero ha sido en Agosto del 95: «Pastelero en Valladolid, sereno en Badajoz, (Don Miguel, Gloria y el propio Mario ríen de muy buena gana.) jefe de *claque* en Bélgica, equilibrista en Rusia, peluquero en el Cairo, litógrafo en el Canadá, Judas en una procesión en Estepa, recaudador de contribuciones en la Patagonia, vendedor de arropías en Sevilla, cajero en el Banco de Londres y capitán de un globo en mitad de la atmósfera.» Decidme si hay manera de creer...

MARIO (Levantándose.) Ah; todo es rigurosísimamente histórico. Como que en Agosto del 95 era yo...

JER. ¿Otra cosa además?

MARIO Sí señor; primer actor de una compañía dramática, donde cada noche representaba un tipo distinto.

D. MIG. Te ha reventado, Jeremías.

GLORIA Lo ha reventado á usted.

JER. ¡Un cuerno!

MARIO No tiene usted más que fijarse: pastelero en Valladolid: *Traidor, inconfeso y martir*. ¿Ha visto usted *Traidor, inconfeso y martir?* ¡Pero si usted no ha visto más que el *Tenorio* y *La canción de la Lola!*

JER. No he visto tanto como usted... Sin embargo, le reconozco sin reservas muy felices disposiciones de comediante.

MARIO (No me inmuto, no.) ¡Oh! ¡usted no sabe la de laureles que he conquistado! Fué aquella una época de gran ventura para mí. Toda-

vía me entusiasmo á veces. (Declama con énfasis.)

Grajos viles que espanta mi bandera
son los reyes de Córdoba y Sevil'a:
y yo haré con sus reinos una hoguera..

¿A que no acierta usted de dónde es eso?

PED. (Saliendo de la tienda.) De *Sancho García.*—Don Miguel, aquí lo busca á usted un caballero. (Se va.)

GLORIA Vamos, que ese también ..

D. MIG. (Yéndose tras Pedrito.) Si le digo á usted que en esta casa el que no se ríe...

JER. (Siguiendo á don Miguel.) ¡Ah, sí! ¡Todo esto tiene muchísima gracia! (Se va diciendo «ja, ja, ja», sin reirse.) Ja, ja, ja... No te pongas malo de reir, Jeremías. Ja, ja, ja...

ESCENA VI

GLORIA, MARIO y PEDRITO que sale y entra; al final CARITA

GLORIA (Solos otra vez.)

MARIO (Soltando la carcajada.) ¡Va que echa bombas!

GLORIA A mí lo que me extraña es que no comprenda que son bromas de usted. ¡Porque mire usted que la lista que ha hecho!...

MARIO Es que la ha tomado conmigo sin saber por qué causa. (Vuelve á sentarse junto á Gloria.)

GLORIA Yo sí lo sé, Mario.

MARIO (Y yo.)

GLORIA Porque con todos hace igual.

MARIO (No es por eso.)

GLORIA Le aseguro á usted que es insufrible: á todas horas pensando mal, de un humor endiablado... Para él no hay persona buena en el mundo... ¡Jesús!

MARIO ¿Y ha vivido siempre con usted?

GLORIA Siempre.

MARIO Pues ha tenido tiempo de cambiar de opinión. (Pausa.)

GLORIA (Cuando me quedo sola con este hombre, no sé á donde mirar.)

MARIO (Creo que no le parezco saco de paja.) (Nueva pausa. Mario contempla á Gloria fijamente.)

GLORIA (Debe de estar mirándome: siento sus ojos en mi cara.)

MARIO (Vamos á ver si es verdad eso del nuevo rumbo de mi vida.) ¡Qué callados estamos!

GLORIA Se conoce que no tenemos nada que decirnos.

MARIO O que tenemos mucho... y no sabemos por dónde empezar. (Pausa.) (Como una amapola se ha puesto. Es una sensitiva.)

GLORIA (¡Qué simple soy! ¿Pues no me he puesto colorada?) Dicen que cuando hay estos silencios es que pasa un ángel...

MARIO Pues como pase por aquí va á morirse de envidia.

GLORIA (Riendo.) ¿De mí?

MARIO No: de mí. Creo que por bien que le vaya al angelito allá arriba, mejor que al lado de usted es muy difícil que le vaya.

GLORIA Bueno, ¿quiere usted que hablemos de otra cosa?

MARIO ¿No le gusta á usted la conversación?

GLORIA Sí me gusta...

MARIO ¿Entonces á qué variarla?

GLORIA He dicho una simpleza. Me gusta como gustan las galanterías, pero por lo mismo no está bien que yo quiera oirlas..

MARIO ¿Pues no confiesa usted que le gustan?

GLORIA ¡Ay, que hombre de Dios! Es que hay cosas que aunque le gusten á una, una no debe decir que le gustan.. Y yo ya lo he dicho, que es lo malo...

MARIO Y le ha costado á usted ponerse otra vez como una cereza. ¡Ja, ja, ja!...

GLORIA (Me vió antes.) Por Dios, Mario, no se ría usted de mí.

MARIO Esta risa no es burla: es alegría.

GLORIA Menos mal si está usted alegre.

MARIO Ya sabe usted que sí. Y á su lado de usted... más alegre que nunca. (Ahora se ha puesto pálida.) (Pausa breve.)

GLORIA (¡Jesús! no veo la labor...)

MARIO Gloria, ¿quiere usted mirarme un momento?

GLORIA (Muy turbada.) Si lo estoy viendo á usted todo el día...

MARIO Viéndome, sí; pero mirándome, no. Por lo menos, mirándome como yo quisiera que me miraran esos ojos... esos ojos tan...

PED. (Sale de la tienda buscando un libro como loco por las anaquelerías de uno y otro lado, y recitando casi maquinalmente y muy aprisa mientras lo busca los versos que siguen.)

...Y el puño de mi tizona
libre de pliegues molestos
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos...

MARIO (¡Qué oportuno es este pájaro frito!) (Se separa de Gloria y finge distraerse.)

GLORIA (¡Ay, ya puedo respirar!...)

PED. ¿Dónde estás, hombre, dónde estás tú?... Balmes... «Criterio»...

A una esquina dí la vuelta...
dí la vuelta... dí la vuelta. .

¿Cómo es, Perico? (Saca del bolsillo interior de su americana el libro de la obra y busca rápidamente lo que no recuerda.)

MARIO (A Gloria.) (¿Pero ese va á ensayar aquí todo el drama?)

GLORIA (Capaz es.)

PED. *¡Y á mi pesar!...* Ya decía yo

A una esquina dí la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso. .

D. MIG. (Dentro, gritando.) ¡Pedrito!

PED. ¡Voy! Pero ¿para qué tendría criterio Balmes? Este es. (Coge un libro, lee el lomo y se encamina á la librería, sin dejar «La esposa del vengador.»)

...Seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!

(Hojeando el libro, se detiene antes de meterse en la tienda.)

Dió un grito y yo la miré:

alzó sus ojos de cielo...
Me parece que le falta una hoja.
Rasgó el tul y huyó ligera;
no la vi más... ¡y aún la veo!
No, no le falta.
¡Malhayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!
Le pido dos pesetas. Que no diga don Miguel que no me intereso por la casa. (Se va.)

MARIO ¡Gracias á Dios que nos deja solos! (Se sienta otra vez al lado de Gloria.) Llegó á interrumpir nuestro palique en un momento en que yo creía que no habitábamos este mundo más que usted y yo.

GLORIA Y resultó que también lo habitaba Pedrito.

MARIO En un momento en que yo le pedía á Dios que hubiese á nuestro alrededor un silencio muy grande...

GLORIA ¿Y para qué tanto silencio?

MARIO Para que pudiese usted oir cómo saltaba mi corazón dentro de mi pecho, alborozado con la idea de que usted á ruego mío me mirara... de que usted me mirara con esos ojos tan negros.. tan dulces... tan hermosos... ¿No me mira usted, Gloria?

PED. (Saliendo á escape por otro libro. Mario le echa una mirada fulminante y se separa de Gloria de nuevo.)
Cerca un coche; en él su amante;
ella hacia él; la ví; cegué...

MARIO (¡Maldita sea tu estampa!)

GLORIA (Este tontaina de Pedrito...)

PED. *Tiré, cayó, la besé,*
y, en mis brazos espirante,
la satisfacción primera
de mis celos ví pagada..
(Cogiendo el libro que buscaba, que es voluminoso.)
Aquí está. «La cebolla.— Su historia y su cultivo.» Unos «El criterio» de Balmes y otros «La cebolla». Entienda usted á la humanidad.
¡Que así su última mirada
fué para mí toda entera!
¡Bravo! (Vase.)

MARIO Parece que se ha propuesto impedirnos hablar. (Se sienta junto á ella otra vez.)

GLORIA (¡Es mucha desgracia!)

MARIO Y si al menos pudiéramos entendernos como aseguran que se entienden los enamorados...

GLORIA (Con viva emoción.) ¿Los enamorados?

MARIO Sí Son los únicos séres que se entienden por medio de los ojos.

GLORIA ¿Dice usted que los únicos?

MARIO Los únicos. Por eso usted y yo estamos... á media inteligencia.

GLORIA No comprendo...

MARIO ¿No? Peor para mí. (Pausa breve.) Gloria, antes que vuelva á salir ese titiritero de Pedrito, quiero preguntarle á usted una cosa. Me ha dicho usted que coincide conmigo en imaginar que, de aquí en adelante, se ha de trocar en próspera mi adversa fortuna. ¿En qué se funda usted para imaginarlo?

GLORIA En nada...

MARIO En nada, no es posible.

GLORIA Pues y usted, que piensa lo mismo, ¿en qué se funda?

MARIO ¿Yo? En un sentimiento... En el de que al lado de usted, que es la bondad misma, nada malo puede pasarme. Creo más: creo que esta sana alegría que usted derrama sobre todo lo que la rodea, ha impregnado mi alma para siempre. Y aun cuando yo me aleje de usted...

GLORIA No hable usted de eso ahora...

MARIO ¿No he de hablar, Gloria, si es mi pesadilla?... Yo sé que la bondad de usted y de su padre para con nosotros no ha de tener más límite que aquel que le ponga nuestro decoro, nuestra delicadeza...

GLORIA (¿Pues no se me han saltado las lágrimas?)

MARIO Ese límite ha llegado ya. Recobrada mi salud merced á ustedes, no debemos permanecer más tiempo en esta casa.

GLORIA ¡Vaya una tontería!

MARIO Tontería no, Gloria. La verdad, que tiene bromas muy pesadas Debo marcharme, y

me iré, ¡quién lo duda! ¿Adónde? ¡quién lo sabe! (Con pasión y en voz baja, acercándose mucho á ella.) Pero quiero que sepa usted que adonde quiera que la fortuna guíe mis pasos, su recuerdo de usted iluminará mi pensamiento, alentará mi corazón y alegrará mi alma. (Le coge una mano, que ella, conmovida, le abandona. Sale Carita del interior de la casa á tiempo de oir las últimas frases, y no puede reprimir un grito de sorpresa. Gloria, sobrecogida y llena de turbación, se separa violentamente de Mario y se pone de pie. Mario permanece sentado.)

ESCENA VII

DICHOS y CARITA

CAR. ¿Qué?

MARIO ¿Quién?

GLORIA (¡Jesús! ¡Carita!)

MARIO (¡Carita ahora!)

CAR. ¿Qué os ocurre?

MARIO ¡Nada!

GLORIA Nada... sino que... como has entrado tan de pronto... y no te esperábamos... y... Yo te confieso que me he asustado... Voy á beber un poco de agua... (Yéndose al interior con los ojos bajos.) (¡Qué vergüenza, Dios mío!) (Carita y Mario se contemplan. Pausa.)

MARIO ¿Qué miras?

CAR. ¿Qué miras tú?

MARIO (Tranquilo.) Te miro á tí, que tienes mucho que mirar.

CAR. Y yo á tí... que no tienes menos. ¿Quieres decirme por qué se ha turbado Gloria?

MARIO ¡Ay qué gracia! ¡Pregúntaselo á ella!

CAR. Se lo preguntaré.

MARIO Bueno; que te aproveche.

CAR. Mario... ¡qué mal haces en lo que haces!

MARIO ¿Y qué sabes tú lo que yo hago, infeliz? ¡Es una desgracia haber nacido tonta de capirote!

CAR. Pues no la cambio por la de haber nacido...

MARIO ¿Qué?
CAR. Nada.
MARIO Pues nada: bien está.
CAR. Bien está, sí.
MARIO (Encaminándose hacia la tienda.) Le voy á revolver la bilis á don Jeremías... (Carita no deja de mirarlo.) (Alégrate, Mario; el triunfo es tuyo. Tiene razón Pedrito:

... siempre están gavilanes
de palomas en acecho!)

(Desde la puerta de la librería.) Carita, adiós. Ya sabes que te estimo en cuanto vales y que vales mucho. No te enfades conmigo, tonta. (Se va.)

ESCENA VIII

CARITA y DON MOISÉS; al final PEDRITO

CAR. ¿Le parece á usted por dónde sale ahora ese bribón? Ya me estaba yo temiendo alguna miseria. Llevan hijo y padre muchos días de personas decentes... Pero, vamos, esto de Mario clama al cielo. ¿Mire usted que atreverse á enamorar á Gloria? No puedo, no puedo acostumbrarme á las acciones de esta gente... ¿Por qué Dios me habrá puesto entre ellos á mí que en mi pobreza soy tan distinta? (A don Moisés, que sale de la tienda como perseguido.) ¡Ay padrino; cuánto me alegro de que llegue usted!
D. MOIS. ¿Sí? Pues ¿qué sucede? A fé que vengo yo..
CAR. Mario...
D. MOIS. No me toques á Mario, que es el talento de la casa.
CAR. A pesar de eso, Mario...
D. MOIS. ¿Mario, qué?
CAR. (En voz baja, con pena.) Mario está haciendo una cosa muy fea.
D. MOIS. ¿También Mario? ¡Pero estos hijos míos van á sacarme el sol de la cabeza!
CAR. Estoy más disgustada... Porque, créame usted, la cosa es de las que no tienen nom-

bre... A mí que no me digan... Hay circunstancias en la vida, en que no vale la disculpa del amor... Y eso de que el amor entra así, de repente, como un dolor de muelas, y que no se puede contener, no pasa más que en las novelas y en los dramas, donde sabe una que todo es mentira... Pero voy al grano. (Apartándose un poco de él con cierta repugnancia.) Usted también trae un pestazo á aguardiente...

D. MOIS. ¡Al grano, por Dios! ¡No mezcles el aguardiente con nada!

CAR. De esta casa van á echarnos á puntapiés. ¿Qué cree usted que se le ha ocurrido á Marito?

D. MOIS. Alguna tontería. A veces el talento que tiene se nubla como el sol. (Un poco alarmado.) Oye, ¿huelo mucho? (Le echa el aliento.)

CAR. No; á distancia no. Pues verá usted: se va usted á quedar con la boca abierta. (En voz muy baja.) Le está haciendo el amor á Gloria.

D. MOIS. (Lo mismo.) ¡Ya lo sé! Se lo he propuesto yo.

CAR. ¿Usted?

D. MOIS. Sí. Me explico tu extrañeza, porque no conoces ciertos detalles. (Con gran misterio y regocijo.) Aquí hay *guita* larga...

CAR. ¡Padrino! (¡Qué asco de gente!)

D. MOIS Así, así... No son cuentos de las mil y una noches... He oído hablar de papel del Estado, de una casita en la calle de la Ventosa... ¿Tú sabes dónde está la calle de la Ventosa? Pasada la Fuentecilla, conforme vamos al Matadero...

CAR. ¡Déjeme usted á mí de ir al Matadero! ¿Usted no comprende que eso es ruin?

D. MOIS. ¡Muchacha! Te advierto que él va por todo lo fino. Nada de pringarla á última hora, como otras veces .. Petición de mano, bendición del cura, etc., etc. Todos los requisitos.

CAR. Pero, ¿quién es él para poner los ojos en Gloria? ¿Usted no ve eso? ¿usted no ve que aquí estamos recogidos por caridad? ¿usted no ve que en esta casa debiéramos andar

todos de rodillas? ¿usted no ve que el amor de Mario es una ofensa? ¿usted no ve que ofender á quien nos salva es una villanía muy grande?...

D. Mois. Mira, mira, mira, Carita. Odio al par que desprecio el género trágico, ¿te enteras? ¡*Vade «ratro»!* Además, pamplinosa, el amor es libre, no respeta leyes ni conveniencias, une príncipes y pastoras, tumba monarquías, funde religiones contrarias..

Car. Y averigua si hay papel del Estado...

D. Mois. Eso es lo primero. La época de la cebolla *fuése*. Hay que vivir, hay que vivir... ¡Pues digo! El día que mi pobre Mario adquiera bienes de fortuna, ¿qué vuelos no tomarán sus alas de águila imperial? ¡Ah! ¡si el otro fuera lo mismo!

Car. No nombre usted al otro, que bastante tenemos con este.

D. Mois. Bien á pesar mío lo nombro, no te creas. Está otra vez aquí.

Car. ¿Calixto? ¿Ha parecido?

D. Mois. No levantes la voz. He tenido con él un mal encuentro.

Car. ¡Virgen María! ¿Sabe que estamos en esta casa?

D. Mois. Lo sabe.

Car. ¡El Señor nos valga!

D. Mois. Creo que se ha ido á vivir con...

Car. ¿Con quién?

D. Mois. Con... con la otra.

Car. ¿Con su hermana?

D. Mois. ¡Cállate, por Dios! Eso dice él: que vive con Adela. Capaz es de todo... Me ha dicho también que es apoderado del *Microbio chico.*

Car. ¿Y quién es el *Microbio chico?*

D. Mois. ¡El colmo de la insignificancia, tú calcula! Un torerillo de mala muerte. Y será verdad que es su apoderado... Cuando yo lo vi iba con dos tipos... que si me los encuentro de noche en una calle sola, me encomiendo á Dios. Bueno, pues el señor ha tenido la avilantez de amenazarme: á mí: ¡al padre que lo ha echado al mundo!

CAR. Padrino, vámonos de esta casa antes que él venga... Que siquiera esta vez no dejemos triste recuerdo de nosotros.

D. MOIS. ¿Estás loca, criatura? Si nos vamos de aquí, ¿de dónde voy yo á sacar los veinte duros que me pide?

CAR. ¡Madre mía! La historia eterna... (Llorando.) Si parece que estamos malditos.

D. MOIS. ¡No llores, mujer!... ¡Pues está la Magdalena para tafetanes!

PED. (Asomándose á la puerta de la librería con capa y hongo.) Muy buenas noches.

CAR. Hasta mañana si Dios quiere, Pedrito. (Vase éste.)

D. MOIS. ¿Van á cerrar la tienda?

CAR. Sí.

D. MOIS. Pues, oye: antes que vengan esos. Yo he dicho que no he cobrado el retrato... pero lo he cobrado...

CAR. ¿Eso más? ¿Y la promesa que le ha hecho usted á esta familia?...

D. MOIS. Descuida, que la cumpliré sin falta; pero más adelante. Ahora necesito algunas perras para taparle la boca á ese temerario de Calixto...

CAR. Bueno, sí: calle usted, calle usted... (Yo soy la que se va de aquí.)

ESCENA IX

CARITA, DON MOISÉS, DON MIGUEL y MARIO; luego GLORIA y JEREMÍAS

(Don Miguel sale de la librería charlando con Mario. Trae en la mano un tomo del «Quijote». Carita, abstraída y triste, se sienta junto á la camilla, á la izquierda. A poco sale Gloria del interior de la casa y se pone á la derecha á seguir su labor. Carita y ella se miran. Gloria baja los ojos turbada.)

MARIO Y esta noche ¿en qué vamos á pasar la velada, señor don Miguel?

D. MIG. Mire usted: aquí traigo el libro dispuesto.

MARIO ¿El *Quijote?*

D. MIG. Mi libro.

D. MOIS. ¡El de todos! Ya sabes tú que yo me pego por Cervantes. (Se sientan, mientras hablan, en torno de la camilla don Miguel, don Moisés y Mario. Don Miguel en medio.)

D. MIG. A no ser que ustedes prefieran jugar á la lotería ó las cartas...

D. MOIS ¡Ca!

MARIO ¡De ninguna manera!

D. MIG. ¿Dónde quedamos? (Hojeando el libro.) ¿En la aventura de los ejércitos?

MARIO No, señor: en la de los batanes.

D. MOIS. Avanzamos más: si se leyó la del yelmo de Mambrino...

JER. (Saliendo de la librería con las de Caín.) Llegamos hasta el final de la aventura de los galeotes.

D. MIG. Hombre, tienes razón: alguna vez habías de tenerla.

D. MOIS. Justo. Recuerdo que Mario jugó del vocablo con nuestro apellido.

MARIO Es verdad.

JER. Precisamente. (A don Miguel, poniéndole una mano en la espalda.) Dejaste la lectura, ¿sabes? cuando el Caballero de la Triste figura les da la libertad á los galeotes... y ellos le pagan á pedrada limpia.

D. MOIS. ¡Qué humano es eso! ¿eh?

MARIO ¡El pan nuestro de cada día!

D. MIG. Pues empezamos capítulo. Oigan ustedes.

CAR. (Me iré, me iré.)

GLORIA (¿Qué tendrá Carita?)

D. MIG. (Leyendo.) *Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar...*

JER. ¡Esa es una verdad como el puño!

D. MOIS. (¡Este tío!..)

MARIO (¡Este zorro viejo!...)

D. MIG. Hombre, ¿quieres no interrumpir? Ya sabes lo que me incomoda...

CAR. (Levantándose.) Yo aprovecho la interrupción para irme á la cama. Estoy rendida. Hasta mañana si Dios quiere.

D. MIG. Adiós, hija.

D. MOIS. } Adiós.
MARIO }
CAR. (Besando á Gloria.) Hasta mañana, Gloria.
GLORIA Hasta mañana, Carita. A dormir.
CAR. (Yéndose.) (A llorar.)
D. MIG. (Continuando la lectura mientras baja lentamente el telón.) *Que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco...* (Sigue leyendo hasta que el telón acaba de caer.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día. En la camilla una servilleta extendida y sobre ella un cubierto. Al lado una botella de vino y una copa. A través de la ventana del foro, que aparece abierta, se ve el patio de la casa.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y PEDRITO

(Don Miguel pasea preocupado. Sale Pedrito de la tienda, preocupado también, y en extremo afónico á consecuencia de la representación de dos dramas en que ha tomado parte activa.)

PED. Sin gota de sangre vengo, don Miguel de mis culpas.

D. MIG. ¿Qué ocurre?

PED. La edición de lujo de las obras de Larra, ¿la ha vendido usted?

D. MIG. No.

PED. Pues ayúdeme usted á sentir: no la encuentro por ninguna parte.

D. MIG. Busca, busca bien; porque venderse no se ha vendido. Y dime, muchacho, ¿tú de qué tienes esa voz?

PED. ¡Toma! De la función de anoche, que fué *función mónstruo*. Hicimos *Consuelo* y *El trovador;* y suspendimos *Los amantes de Teruel*

y *La campanilla de los apuros*, para no quedarnos todos sin campanilla. Lo último es perder las facultades, don Miguel.

D. MIG. Bueno, sí; vete á buscar eso...

PED. (Metiéndose en la librería.) Ya, ya...

Al campo don Nuño voy,
donde probaros espero...

ESCENA II

DON MIGUEL; luego JEREMÍAS

D. MIG. Cierto que es extraño eso de las obras de Larra... No es el primer libro que se pierde... A buen seguro que si se entera Jeremías les echa la culpa á los Galeotes... Pero yo no—Dios me libre;—no me atrevo á tanto. Y eso que han hecho cosas tan feillas, tan poco decorosas... ¡Todo sea por Dios! Luego, ese Calixto que se ha presentado á última hora me da muy mala espina...

JER. (Por la puerta que da á la tienda. Habla en tono zumbón.) Querido Miguel: vengo absorto.

D. MIG. ¡Hombre!

JER. Acaban de entrar en la librería una dama y dos caballeros, que sin duda son gente gorda.

D. MIG. ¿Gente gorda aquí?

JER. Como lo oyes. El propio Rodríguez, á quien yo le estaba enseñando el «¡No te tires, Reverte!» se quedó al verlos mudo de sorpresa.

D. MIG. ¿Y qué es lo que quieren?

JER. No lo sé. Vienen preguntando por don Moisés Galeote, y, en su defecto, por don Miguel de Cañas.

D. MIG. ¿Por mí? Vaya, pues que entre quien sea y no me canses más.

JER. (Desde la puerta que da á la librería les dirige la palabra á los que están dentro.) Adelante, señores. (Recoge á un lado la cortina y salen el Membrillo, el Ojeras y la Ricitos. Don Miguel se queda estupefacto. El Ojeras y el Membrillo son toreros de invierno y la Ricitos grande amiga suya.)

D. MIG. (¡Le parece á usted!)

ESCENA III

DICHOS, EL MEMBRILLO, EL OJERAS y LA RICITOS

MEM. Güenas tardes.

D. MIG. Dios guarde á ustedes. ¿En qué puedo servirles?

OJER. ¿Es ust...?

MEM. (Adelantándose al Ojeras.) ¿Es usté el padre de don Calixto por casualidad?

D. MIG. No, señor.

OJER. Por muchos años.

MEM. (Bajo al Ojeras, de cuya boca no espera que salgan flores.) (Cáyate, Ojeras.) (A don Miguel.) ¿Entonces es usté (Leyendo en un sobre.) don Miguel de Cañas?

D. MIG. El mismo.

RIC. Por muchos años.

MEM. (Al Ojeras, por la Ricitos, de cuya boca tampoco espera milagros.) (Que se caye esa, hombre.)

OJER. (¡Gachó con este!)

MEM. Güeno, pos mire usté: nosotros semos...

JER. Somos, hubiera dicho yo.

MEM. ¿Sí, eh? (Lo mira y se rasca.)

OJER. Pero Membriyo, ¿ties más que entregarle la carta de don Calixto al señor y así concluyes antes?

MEM. ¿Te quiés cayar, Ojeras? (A don Miguel.) Tome usté la carta. (Refunfuñando.) (¡Tié narices la cosa!)

D. MIG. Vamos á ver la carta... (La abre y lee.) «Mi querido padre: no te extrañe que te escriba desde la prevención, porque estoy preso.» ¡Caramba! «Los dadores de la presente sabrán explicarte el cómo y cuándo de mi desgracia y el medio mejor de librarme de ella, tú mismo ó tu generoso protector. Te idolatra, Calixto.» ¡Demonio! ¡demonio!...

JER. Lo que te dije: ¡gente gorda!

D. MIG. Calla. Pero ¿qué diablura ha cometido ese chico para verse así?

MEM. Verá usté, señor: la cosa fué anoche en el *Briyante*. Por cierto que tomemos tos el primer disgusto.

JER. (Corrigiéndole.) Tomamos se dice.

MEM. (Volviendo á mirarlo y á rascarse.) (¿No tendrá ese tío na que hacer por ayá dentro?) (A don Miguel.) ¡Resultó que estando aquí la señora...

JER. La señora no ha estado nunca aquí. (Los tres de la comisión se lo quieren comer con los ojos.)

OJER. Si aquí es adjetivo, cabayero.

JER. ¡Ah!...

MEM. (Dispuesto á que no lo corrijan más.) Estando, coma, aquí la señora, coma, con aquí el amigo y un servidor, dos comas—porque paece que estamos en el Atareo,—en el café del *Briyante* con don Calixto, se presentó de golpe la Adela del brazo del Galápago... Ver don Calixto á su hermana...

D. MIG. ¿A qué hermana?

OJER. (Al Membrillo, tirándole de la chaqueta.) (Que te vas á colar, Membriyo; tanto como presumes...)

MEM. (¡Que me he colao ya! ¡Maldita sea!. . Lo primero que me encargaron...)

D. MIG. ¿Quién es esa hermana, diga usted? ¿Quién es esa Adela?...

MEM. Pos esa Adela es una hermana...

RIC. ¡Si no es hermana, hombre!

OJER. ¡Si no es hermana!

MEM. ¡No me atorruyeis! Cualquiera se equivoca, señor. Es una amiga de don Calixto, ¿usté me comprende?... que tiene simpatías personales por el Galápago...

D. MIG. (¡Qué extraño es todo esto!)

MEM. Y como el Galápago está así con don Calixto, (Juntando los índices por las puntas.) lo mismo fué verle que le estreyó un sifón en la cabeza. Lo demás no hay pa qué repetirlo: son hechos consumaos. Y á mí se me ocurre que la mejor manera de arreglar eso—salvo el parecer de tos ustedes—es untarle la mano á quien yo me sé... y en paz y jugando.

JER. (Dando una vuelta en torno de don Miguel, de modo que le diga una frase por cada oído.) (Esto es un timo: no vayas á escurrirte.)

D. MIG. (Descuida.) ¿Usted opina eso, verdad?

OJER. (A la Ricitos.) (Pa mí que *Salmerón* va al *hule*, tú.)

RIC. (Al Ojeras.) (Es que la comisión se las trai un poco.)

D. MIG. Bueno, pues... contra la respetable opinión de usted está la mía: yo no gusto de comprar á nadie, y á la justicia menos.

MEM. (Profundamente convencido.) (¡Vaya, hemos acabao!) ¿De modo que usté... *nequáquan?*

D. MIG. Según lo que usted entienda por nequáquam.

OJER. *Nequáquan* es que usté no afloja ni pa Dios.

JER. Traducción literal.

MEM. ¡Te veo sin mantón, Ricitos!

RIC. ¡Pa chasco! Lo que es este no lo suelto yo tan fácil...

MEM. ¡Eso será ú no será! Miá esta ahora...

D. MIG. Bien; la calle es el mejor sitio para ventilar esas cuestiones... Yo, por mi parte, ya he dicho cuanto tenía que decir.

MEM. Usté dispense, cabayero...

RIC. Queden ustés con Dios...

MEM. En la cuadriya del *Microbio chico* me tiene usté de banderiyero de confianza, pa lo que se ofrezga...

OJER. En la misma cuadriya, de puntiyero, pa servir á usté.

D. MIG. ¡Canario! Muchas gracias. Adiós.

JER. (Ofréceles la casa, si te parece.)

MEM. (Yéndose á la calle tras la Ricitos y el Ojeras.) (¡De güen humor van á ponerse el padre y el hijo!)

JER. (Asomándose á la misma puerta y gritando.) ¡Pedrito! ¡ojos hasta en las uñas!

ESCENA IV

DON MIGUEL, JEREMÍAS y CATALINA

D. MIG. Chico, estoy perplejo: no sé qué pensar.

JER. Yo sí. ¿Qué te dije ayer? Les has negado dinero dos veces, ¿verdad? ¡Pues aguarda el timo!

D. MIG. No, no, no... yo no creo... Digo, se me figura á mí que no es posible... ¿O es que yo estoy viviendo en las estrellas?

CAT. (Llega de la calle, con varios paquetes de una tienda de ultramarinos.) Ave María, don Migué, ¿qué gentuza es eza que ahora zalía? Desde que eza tropa está aquí, vienen á esta caza unos tipos que yo no he visto nunca.

D. MIG. Mira, vete á la cocina y no hables más.

CAT. Al istante me voy. Pero ¿pa qué, zi no adelanto na hasta que no armuerce er demonio er viejo? Y miéntras la candela encendía, y ze gasta carbón y ze gasta leña y ze conzume una... ¡Jozú, Jozú! ¡zi doña Lorenza viera este dezarreglo!...

D. MIG. Cierto que eso de presentarse á almorzar cuando les da la gana...

JER. ¡Ah, eso es muy cómodo!

CAT. Como que aquí loz amos paecen eyos ahora... Don Migué, don Migué, eche usté á eza gente á la caye...

D. MIG. Pero, mujer, por los clavos de Cristo, ¿cómo los voy á echar?... Si les hubiéramos descubierto una maca gorda...

CAT. Pero ¿quié usté más que tos los negocios que inventa er padre—¡mala perdigoná le den donde yo diga!—pa zacarle á usté cuartos? ¿No ha visto usté que ha hecho zeis retratos, y los ha cobrao tos er grandízimo tuno, y aquí no ha traío una pezeta?

D. MIG. El dice que no los ha cobrado.

JER. ¡Pues los ha cobrado!

CAT. Y venga dinero pa papé, y dinero pa cisco, y dinero pa barniz, y dinero pa to, y pan pa

borrá, que ze yevaba toa la miga, como zi hubiera patos en la caza...

JER. ¿Y los libros que se han perdido? ¿Y la cría de gallinas y palomos, dónde me la dejas?

CAT. ¡Aplique usté er cuento! La cría de los palomos... Puzo la caza como zi fuea un corrá: plumas por tos laos. . Hacía usté azín, respiraba fuerte... y ze le yenaba la boca e plumas.

D. MIG. No, si yo reconozco que son molestos... y que me he equivocado al juzgarlos—Carita aparte, ¿eh?...—pero se me arde la cara sólo de pensar que tengo que decirles, sin aguardar á que resuelvan su situación, que están demás aquí. Yo no hago eso: no sé: no sirvo... no quiero, tampoco.

JER. Pues mal que te pese lo vas á hacer en cuanto sepas lo que voy á decirte.

D. MIG. Habla.

JER. Mario Galeote está enamorando á tu hija.

CAT. (Horrorizada.) ¡Jezú!

D. MIG. Vamos, Jeremías, no inventes, en tu deseo de que los ponga en el arroyo.

JER. No invento, Miguel. Ni es eso lo peor. Tu hija está enamorada de Mario Galeote.

D. MIG. ¿Quieres callar? ¡Tonto de mí que te hago caso sabiendo quién eres!

JER. ¿Pero no crees lo que te he dicho?

D. MIG. ¿Cómo he de creerlo, majadero? ¿No lo conozco á él? ¿no la conozco á ella?

CAT. Ay, ezo no, don Migué de mis curpas; miste que en las cuestiones der queré ze ven cozas mu raras... Cuantas veces no dice una: pero á eza arrastrá mujé, ¿qué le habrá gustao de eze hombre? Y una no ze lo explica; pero argo tendrá el hombre cuando á la mujé le ha gustao ¡Ay don Migué, don Migué, no juegue usté con ezo! ¡Ay qué doló de hija, en podé de eze piyo! ¡Ay, miste que ezo ya no es azunto de ochavos, miste que ezo es mu zerio!. .

D. MIG. Pero ¿quieres dejarme? ¿O es que os habeis propuesto volverme loco?

CAT. ¡No ze ciegue usté, don Miguel!...

D. MIG. ¡Que me dejes, te digo!

JER. ¿Es que no atiendes á razones?

D. MIG. ¡Y tú también, agorero del diablo!

JER. Basta. Cierro mi pico. Yo ya he cumplido con mi deber. (Al ir á entrar en la librería, llega don Moisés, con quien se cruza y á quien hace una reverencia, sin perjuicio de la inevitable cita del Tenorio.) Dice, *señor Capitán Centellas, ¿vos por aquí?* Beso á usted la mano. (Se va.)

ESCENA V

DON MIGUEL, CATALINA y DON MOISÉS

D. MOIS. (De mal talante.) Hola.

D. MIG. Hola ¿Eres tú?

D. MOIS. Yo mismo: ¿no me ves?

CAT. ¡Vaya unaz horas de vení á armorzá!

D. MOIS. *Hame* sido imposible venir más temprano. Si molesto, con no almorzar estamos al cabo de la calle.

D. MIG. Hombre, eso es una pata de gallo... porque otros días.

D. MOIS. Es que llueve sobre mojado, ¿te enteras? Y quede esto aquí. (Se sienta con mal modo delante del cubierto.)

D. MIG. Sí; será lo mejor. Sírvele el almuerzo á don Moisés, Catalina.

CAT. (Carita ze lo traerá... lo que es yo... (Contemplándolo con desdén.) Miálo: don Rodrigo en la jorca... Ya no ze acuerda de que entró aquí con un trapo atrás y otro alante... y la barriga pegá al espinazo.) (Se va al interior.)

ESCENA VI

DON MIGUEL, DON MOISÉS y CARITA

D. MOIS. (Soltando un resoplido de rabia.) Está buena la cosa...

D. MIG. (Contento viene éste.) (Dándole la carta de Calixto.) Toma: esta carta han traído para ti.

D. MOIS. Sí (La coge, la hace dos pedazos y la tira.) Ya he visto á esos señores... Lo sé todo. Sé que mi hijo se queda en la cárcel...

D. MIG. ¿Es culpa mía que haya entrado en ella?

D. MOIS. Bien, bien, bien... También prefiero que quede esto aquí.

D. MIG. Y yo. Peor es meneallo, amigo Sancho. (Don Moisés empieza á tararear una musiquita juguetona. Sale Carita del interior y le sirve un pedazo de tortilla.)

CAR. Padrino, buenas tardes. ¿Por qué no ha venido usted á almorzar á tiempo?

D. MOIS. ¿Por qué te metes tú en lo que no te importa?

CAR. (¡Qué manera de contestar!)

D. MIG. Mala yerba has pisado, Moisés.

D. MOIS. (Reflexionando sobre la tortilla.) (Cualquiera le hinca el diente á esta tortilla después de haber almorzado con Calixto. ¡Vengo hasta la nuez!..) (Come algunos pedazos con gran esfuerzo, y los echa para abajo á fuerza de vino.) Tortilla de patatas... sin patatas... ¡Y fría!

CAR. Con haber estado aquí á su hora, se evitaba usted eso. (Tampoco me muerdo yo la lengua cuando hace falta.)

ESCENA VII

DICHOS, JEREMÍAS, VICTORIANO y la SEÑÁ PEPA

JER. (Saliendo de la librería y hablando con la misma zumba de antes. A don Miguel.) Chico, ¿tenemos hoy be-amanos? ¿tú sabes?

D. MIG. ¿Otra te pego?

JER. Después de los diplomáticos que acaban de irse, se presenta ahora un matrimonio de alto copete.

D. MIG. ¡Vamos, hombre!

JER. ¿Lo dudas? (A los de dentro.) Pasen, pasen... (Yo los meto aquí.) (En efecto, salen Victoriano y la señá Pepa, gente bien acomodada del pueblo de Madrid. El viene de hongo y chaqueta de terciopelo. Ella de mantón de espuma lujoso. Trae en la mano un rollo

grande, que es un retrato de su suegra, debido al cisco de don Moisés. Victoriano no trae rollo, pero en cambio trae un bastón que lo parece.)

VICT. Güenas tardes, señores y la compañía.

SEÑÁ PEPA Güenas tardes.

D. MIG. / CAR. } Muy buenas ..

D. MOIS. (¡Adiós! ¡La carnicera del retrato!)

SEÑÁ PEPA (Señalando á don Moisés.) Ese cabayero es el retratista.

VICT. ¿Sí, eh? Pos me alegro de verle á usté regular.

D. MIG. (Aquí vamos á tener otra escena desagradable.)

D. MOIS. Ustedes dirán lo que desean ..

SEÑÁ PEPA Tres días con hoy yevamos buscándole á usté, y usté invisible: como si fuea un pantasma.

VICT. (Reconviniéndola.) Expresiones no.— Güeno, pos yo soy el marido de la señora, que tuvo la debilidá de encargarle á usté un retrato de mi señora mamá, que esté en gloria, pa darme á mí una sorpresa el día e mi santo. ¡Mecachis en la sorpresa! Deslía, tú. (La señora lo obedece.)

CAR. (Dios mío de mi alma, qué malas pulgas debe de tener este tío... ¡Qué ojos me echa!)

VICT. (Señalando el retrato.) ¿Le paece á usté? Si me dice usté que ese muñeco es mi señora mamá, se ha acabao el almuerzo.

D. MOIS. Ante todo, á mí pocas bravatas. Yo he copiado eso de una fotografía y respondo del parecido exacto. ¡Y hemos concluído!

VICT. (Llegándose á él con mucha sorna.) ¿Que hemos concluído?

CAR. (¡Ay, Jesús! Se lo come.)

SEÑÁ PEPA Pero si entoavía no hemos empezao; ¿será usté pampli?

VICT. ¡Te he dicho que expresiones no!—¿Usté ha reparao bien en lo que ha hecho? Si se paece á Kruger. Mi señora mamá, como tener algo de periya sí la tenía; pero compadre, ahí se le fué á usté el carbonciyo una miaja.

D. MOIS. Bueno, bueno, basta de historias: ¿qué hay? (Se levanta.) (Si no la echo de guapo, estoy perdido.)

VICT. ¿Que qué hay? Pos yo no veo más que una de dos: (Dando un bastonazo en la camilla.) ó me devuelve usté el dinero...

D. MIG. (Hola!) (Don Moisés empieza á sonarse con gran estrépito en vista de que la tierra no se lo traga.)

JER. (Cantando.)

Con el capotín, tin, tin, tin,
que esta noche va á llover...

D. MIG. Pero, ¿qué dice usted de dinero, si este señor no ha cobrado el retrato? (Don Moisés continúa suena que suena, cada vez más fuerte.)

CAR. (¡Virgen María!)

SEÑÁ PEPA ¿Cómo que no ha cobrao, si le pagué yo *macho* sobre *macho* los seis cabales? ¡Miá San Roque!... ¡Que no ha cobrao!... ¡que no ha cobrao!...

D. MIG. Moisés, ¿has cobrado en efecto?

D. MOIS. Te diré, hombre: verás lo que pasó. Cobrar he cobrado, pero escúchame...

SEÑÁ PEPA ¿Vé usté, cabayero?..

JER. (Cantando otra vez.)

Con el capotín, tín, tín, tín
que esta noche va á llover...

VICT. ¿No tiene más que esa pieza ese aristón?

SEÑÁ PEPA Por to paso yo menos porque me yamen á mí tramposa. Y si ese tío ha dicho que no le he pagao...

VICT. (Dando otro bastonazo en la camilla.) ¡Expresiones no!

D. MIG. Ni expresiones ni bastonazos, amigo.

VICT. Porque vas á perder la fuerza moral... Aquí no hay más que lo que yo digo: ó se nos devuelven los *machos*, ó le pongo yo al artista un carriyo como un queso e bola.

D. MOIS. (Echando mano á la botella del vino.) ¿A mí?

CAR. ¡Padrino, por Dios!

VICT. ¡A usté!

D. MIG. Basta. Vengan ustedes conmigo.

JER. ¿Qué vas á hacer?

D. MIG. Lo que á tí no te importa. Vengan ustedes y se les pagará lo que sea.

D. MOIS. ¡No seas tonto, Miguel!

D. MIG. No soy tonto, no. Pero no quiero presenciar en mi casa escenas que nunca he presenciado.

CAR. (¡Qué bochorno tan grande!)

D. MIG. (A los del dibujo.) ¿Vamos?

VICT. Vamos, sí. Usté se pone en la razón, cabayero. (A la señá Pepa.) Tú, deja ahí eso, pa que se quite el hipo la familia.

D. MOIS. ¡El hipo! .. Lo que entenderá usted de dibujo...

VICT. ¡Nos ha fastidiao este! ¡Pos ni que fuea usté el *Graco!*

SEÑÁ PEPA (Dejando el retrato sobre la camilla y yéndose con don Miguel y Victoriano por la puerta del establecimiento.) Güenas tardes.

JER. (Siguiéndolos.) Dice, *y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya...*

ESCENA VIII

CARITA y DON MOISÉS

D. MOIS. (Arrojando á un rincón el retrato, lleno de ira.) ¡Maldita sea la hora en que nací!

CAR. Padrino, hay para morirse de vergüenza.

D. MOIS. ¡Hay para darte á tí un bofetón si no te quitas de mi lado!

CAR. Muy pronto me quitaré, no se apure. Y puede que no me vuelva usted á ver en su vida.

D. MOIS. ¡No caerá esa breva!

CAR. Sí caerá.

D. MOIS. ¡Pues cuanto antes mejor! ¿A mí qué? (Se sienta agitadísimo. Pausa.)

CAR. ¿Va usted á seguir almorzando?

D. MOIS. (Levantándose de pronto.) ¡Que almuerce el Nuncio!

CAR. ¿Quiere usted unas sardinitas en aceite?

D. MOIS. ¡Lo que yo quiero son pepinillos en vinagre! (Vase de estampía al interior de la casa.)

ESCENA IX

CARITA y DON MIGUEL

CAR. Cada momento que pasa me aseguro más en mi idea. Me voy, me voy de aquí, no se figure ese señor, no se figure Gloria que soy de la calaña de esa gente... Ni siquiera sé cómo he vivido tanto tiempo con ellos... Pero ya se acabó; hoy mismo... ahora mismo hablo con don Miguel.

D. MIG. (Saliendo de la librería.) Lo he visto y no lo creo. Por supuesto, que ese me va á escuchar cuatro verdades. (Va hacia el interior de la casa.) Engañarme así...

CAR. (Deteniéndolo.) Don Miguel.

D. MIG. ¿Qué quieres, Carita?

CAR. Si va usted á hacer algo, nada.

D. MIG. Lo que iba á hacer no me corre prisa: de todos modos he de hacerlo. Dime lo que deseas.

CAR. Hablar con usted dos minutos.

D. MIG. Como si quieres que hablemos dos horas. Ya sabes que me encanta oirte.

CAR. Muchísimas gracias... Es usted muy bueno conmigo... es decir, conmigo y con todos... demasiado bueno para vivir en este mundo tan ruín.

D. MIG. Demasiado bueno no se es nunca; demasiado simple en todo caso es lo que soy yo.

CAR. (Principiando á gimotear.) ¡Ay, Dios mío!...

D. MIG. ¿Qué es eso, chiquilla? ¿qué significan esos pucheros? Vaya, no seas tonta; siéntate aquí y cuéntame tus penas. (Se sientan los dos.)

CAR. Ay, señor don Miguel de mi alma; esto no es para mí. Mire usted que á mí me liaron al nacer en unos pañalitos muy decentes, porque la pobreza y la decencia no están reñidas, y que mi papá, que en paz descanse, era como usted: ni una mala acción, ni una mala cara para nadie, ni una palabra fea. Hasta de los mosquitos y las pulgas se

dejaba picar por no causarles daño. ¡Así acabó sus días!... Los pocos cuartitos que me dejó al morir se los llevó el viento .. Digo, el viento; á cualquier cosa le llama una el viento... Ya comprenderá usted que el viento es mi padrino. ¡Vaya un viento fresco!...

D. Mig. Pero ¿á dónde vas á parar, muchacha? Déjate de preámbulos, que te conozco lo suficiente para que no los necesites conmigo.

Car. Bueno, don Miguel; oiga usted lo que tengo que decirle. Pero en Dios y en mi alma que si digo alguna mentira me condene...

D. Mig. No te condenas, no; pierde cuidado.

Car. Usted, por su buen natural, nos recogió en su casa á mi padrino, á su hijo Mario y á mí, y nos sentó á su mesa, y nos dió cama donde dormir, y nos trató como á los suyos...

D. Mig. Sí es cierto, mujer: pero en valiente cosa reparas...

Car. Sin duda pensaría usted de todos nosotros que éramos personas regulares, capaces de comprender y de estimar y de agradecer como es debido su generoso comportamiento, ¿verdad que sí? Pues desgraciadamente, ya está usted viendo el desengaño—echándome yo fuera ¿eh? limpia de toda culpa como entré en esta casa.—Ya no caben disimulos ni componendas, señor don Miguel; ya no hay sino ver las cosas á su luz, por triste que esto sea. Mario y mi padrino se están conduciendo aquí como unos cocheros, según se dice vulgarmente, sin que yo sepa por qué razón, pues entre los cocheros los habrá con vergüenza y sin ella como pasa en todas las clases de la sociedad... Y bastante tienen con ser cocheros para que... Pero, en fin, esto no es del caso. A lo que iba. Yo no quiero partir con mi gente—de alguna manera he de llamarlos—la carga de sus malas acciones. ¡Bastantes vergüenzas he pasado por ellos! ¡Bastantes lágrimas me han costado ya! Yo soy otra cosa: yo soy aparte.. Y si usted me lo permite, señor don Miguel, esta misma tarde me iré de su

casa, bendiciendo á usted y á su hija; pero yo sola, sola, sin ellos, con mucha tranquilidad en mi conciencia.

D. MIG. Vamos, muchacha, no digas disparates. ¡Jesús qué locura! ¿Adónde vas tú á ir?...

CAR. Dios me abrirá camino: estoy segura de ello, porque no soy mala. Luego, á mí no me asusta ni me pesa el trabajo: yo sé coser, yo sé guisar, yo sé lavar la ropa, que mire usted cómo la llevo siempre, (Enseñándole las enaguas blancas.) yo sé todo lo necesario para no morirme de hambre. Y sin llegar al último extremo, de doncella en una casa rica creo que encontraría colocación. Porque mala fachita no tengo — puede que yo me haga ilusiones. El amor propio á veces engaña tanto... Para acompañar á las señoritas aquí y allá, á misa y á compras, me parece que bien serviría... Pero ¿se ríe usted?

D. MIG. ¿No quieres que me ría, muchacha?

CAR. Pero ¿es de risa lo que estoy diciendo?

D. MIG. ¡Y tanto! Yo, por lo menos, te aseguro que ya salto de gozo ante la idea de echar por tierra todos tus planes.

CAR. ¿Sí?

D. MIG. Sí.

CAR. ¿Pues cómo?

D. MIG. Porque tú no te vas de mi casa: los que se van son ellos.

CAR. (Con infantil espontaneidad.) ¡Quiá! No los conoce usted.

D. MIG. Es que si no se van yo sabré arrojarlos. Aunque tarde, me he convencido ya del error en que estaba. No sabes el sentimiento que me cuesta esta convicción. Hubiera dado yo lo que no tengo porque esa gente fuera gente honrada, Carita. Conque dime, ¿te quedarás de buena gana aquí con nosotros?

CAR. Don Miguel, no es posible... Y no porque yo no esté segura de portarme bien. El pan que ustedes me dieran procuraría recompensarlo con mi trabajito, y el cariño, que con nada se paga, sabría pagarlo en la misma mone-

da; pero marcharse ellos y quedarme yo, ¿no ve usted que es cosa imposible? Lo atribuirían todo á mis maquinaciones y artimañas, porque, como son malos, de noche y de día no tienen más que malos pensamientos; le armarían á usted la escandalosa; darían un espectáculo reclamándome violentamente...

D. MIG. Nada de todo eso me importa un ardite. Derecho sobre ti no pueden alegar ninguno: aquí no hay más leyes que tu voluntad y la mía. Sin contar conque en último resultado yo sabría taparles la boca. A los tunantes se les convence pronto... Y ahora vas tú á hacerme un favor á mí.

CAR. Todo lo que usted guste.

D. MIG. Contestar á una pregunta nada más. Ya ves qué poco. Pero no has de engañarme... ¿eh? Cuidado.

CAR. ¿Engañar yo á usted? No cabe en mí semejante cosa.

D. MIG. Pues entonces dime, si es que lo sabes: ¿quién es la Adela? (Carita baja los ojos sin contestar.) ¿No sabes tú quién es la Adela?

CAR. Sí, señor.

D. MIG. Pues dímelo.

CAR. La Adela... es una hermana de Mario y de Calixto...

D. MIG. Ya, ya...

CAR. Más bonita que un sol, y no tan mala como pudiera usted imaginarse... Lo que tiene que es así algo ligerilla de cascos... Eso por una parte... Luego... ¿sabe usted?... vinieron días de mucha necesidad... El padre... el padre...

D. MIG. Basta. No sigas. A ti te cuesta mucha violencia decirlo, y á mí me duele más escucharlo. Ya sé bastante. Déjame. (Se levanta.)

CAR. Por Dios, que no se enteren... (Se levanta también.)

D. MIG. Descuida.

CAR. A no ser porque me lo ha pedido usted, yo nunca hubiera dicho...

D. MIG. Tranquilízate: no estés pesarosa. Descubrir

las bellaquerías siempre está bien hecho. Anda, déjame.

CAR. Bueno, señor... Me llevaré estas cosas... (Mientras recoge parte del cubierto de don Moisés.) A mí me parece que lo mejor es que yo me vaya, y así se ahorrará usted nuevos disgustos... Pero al fin y al cabo no haré más que lo que usted me mande... (Yéndose al interior de la casa.) (¡Qué malitas entrañas hay que tener para pagarle mal á este caballero!)

ESCENA X

DON MIGUEL y GLORIA

D. MIG. Es una desgracia pensar que todo el mundo es como yo. ¡Qué desengaño éste! (Pausa.) Hoy mismo, hoy mismo se concluye todo. Yo veré la manera de...

GLORIA (Saliendo de la librería. (¡Ya viene!)

D. MIG. (Sin reparar en Gloria.) Son unos canallas, unos canallas...

GLORIA ¿Quienes, papá?

D. MIG. Esos... los Galeotes... (Vase al interior de la casa.)

GLORIA (Atónita) ¿Los Galeotes?...

ESCENA XI

GLORIA y MARIO

GLORIA Pero ¿también mi padre piensa de ellos?... Es la primera vez que le oigo calificarlos de esa manera... Todas estas son artes del tío Jeremías, egoistón del demonio, que desde que llegaron está procurando que se vayan. ¿Le habrá metido en la cabeza á mi padre sus malas ideas?. . ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Qué días llevo!... Dios me los tome en cuenta.

MARIO (Viene de la calle. Al ver á Gloria se acerca á ella con pasión.) Gloria.

GLORIA Mario. ¡Cuánto has tardado!

MARIO ¿Estamos solos?

GLORIA Solos... como siempre; pero inquietos, como siempre también. Esto es menester que concluya: nuestro cariño no es un crimen.

MARIO A nuestros ojos, no; pero á los de tu padre, á los de tu familia, mi conducta pudiera parecerlo.

GLORIA ¿Por qué?

MARIO Cien veces te lo he dicho, tonta. Porque en el alma de un enamorado nadie penetra; porque mi situación en tu casa no me autoriza.. ¿Cómo entré yo aquí, Gloria de mi alma? Por caridad. ¿Cómo continúo? Por caridad también. Hasta que no me vaya y vuelva á entrar de otra manera, no debo dignamente... Compréndelo. Mi cariño, hoy por hoy, no tiene más disculpa que el tuyo.

GLORIA Es que mi padre se parece mucho á mí y sabría comprenderte.

MARIO No lo creas. Un viejo y una niña, aunque se parezcan como dos gotas, no pueden pensar lo mismo de un enamorado.

GLORIA Mi padre de todo piensa como yo.

MARIO De mí no pensaría...

GLORIA (Eso que le he oido, ¿á qué obedecerá?) (Se estremece súbitamente como si algo temiera.)

MARIO (Alarmado.) ¡Qué! ¿viene alguien?

GLORIA (Lo mismo.) ¿Viene alguien?

MARIO (Cerciorándose de ello.) No.

GLORIA (Lo mismo.) No ¿Ves qué suplicio? ¿No es un tormento no poder decirles á todos: Mario me quiere, yo quiero á Mario?

MARIO Para mí, no. Ni para tí debe serlo tampoco. Conque nos lo digamos nosotros, basta. ¿Qué nos importa que los demás lo sepan? En este mismo misterio con que nos queremos, en esta misma soledad de nuestra alegría estriba su mayor encanto. Tu alma y mi alma se ven, se quieren, se hablan, se besan en silencio; no nos ve nadie, no lo sabe nadie; toda la dicha se queda entre los dos.

GLORIA Mario, ¿no me engañas?

MARIO ¡Qué pregunta! ¿Has dudado de mí alguna vez? ¿dudas ahora?

GLORIA No dudo, no: ya lo sabes. Te pido lo que siempre: lealtad.

MARIO Lealtad y nobleza y cariño hasta que se me acabe la vida. Créeme. Deja correr el tiempo: quizás muy pronto podamos pregonar nuestro cariño á la faz del mundo.

GLORIA ¿Sí?

MARIO Sí.

GLORIA Es mi único deseo: acabe esta zozobra constante, esta inquietud de la conciencia... ¿Por qué temo yo? ¿por qué temes tú?

MARIO Porque ocultamos algo. Pero como lo que ocultamos es noble y el hecho de ocultarlo es más noble aún, nuestro temor es injustificado, pueril... de niños. Alégrate, vida: ten confianza en Mario, que te quiere con toda su alma... Ríete: que yo te vea reir y reiré también. Mi risa es el eco de la tuya. Tú no sabes las ilusiones que yo barajo en esta cabeza de chorlito. ¡Hasta de presidente del Consejo me he visto ya! Al fin te ríes...

GLORIA Me río, sí. (Sugestionada por Mario, obedece ciegamente á sus palabras.)

MARIO Mírame ahora. Dime que esos ojos no han de mirar á nadie como á mí me miran.

GLORIA Te lo digo.

MARIO Júrame también que esos labios no le dirán á otro lo que á mí me han dicho.

GLORIA Te lo juro.

MARIO (Cogiéndole las manos.) Gloria... (Esta presa no se me va.)

GLORIA (Abandonándoselas.) Mario...

MARIO (Separándose de ella violentamente.) Silencio.

GLORIA (Sobresaltada.) ¿Quién?

MARIO Tu padre.

ESCENA XII

DICHOS y DON MIGUEL

D. MIG. (Sale del interior de la casa distraído, y al reparar en Gloria y Mario, los mira con sorpresa y recelo.) (¿Eh? ¿qué es esto? ¡Juntos! .. (Como desechando un mal pensamiento.) ¡Bah! ¡qué cosas pasan por la cabeza! Son el agua y el fuego...) Buenas tardes, Mario.

MARIO Don Miguel, buenas tardes.

D. MIG. No sabía que estaba usted aquí. Precisamente le esperaba... (En tono cariñoso.) Gloria, hija mía, vé y dile á don Moisés que tenga la bondad de venir acá...

MARIO (Escamado.) (¡Hola, hola!)

GLORIA Voy. (¿Qué será ello, Dios mío?) (Éntrase en las habitaciones interiores.)

ESCENA XIII

DON MIGUEL, MARIO y DON MOISÉS

MARIO ¿Ocurre algo, don Miguel?

D. MIG. (Con amargura.) Extraordinario, nada: la cosa más natural del mundo.

MARIO (Respiro.) ¿Y es ello?...

D. MIG. Ahora cuando salga su padre...

MARIO (Malo. ¿Sabrá...? Por más que me lo diría á mí solamente.) (Pausa.)

D. MIG. ¿Se ha paseado mucho?

MARIO Pasear, ni mucho ni poco; andar, alguna cosa.

D. MIG. El día está bueno, ¿eh?

MARIO Sí, señor, sí; muy bueno.

D. MIG. Calor más bien que frío, ¿verdad?

MARIO Justo.

D. MIG. Yo he tenido que soltar la capa...

MARIO (Viendo salir á don Moisés.) Aquí está ya mi padre.

D. Mois. ¿Qué hay, Miguel, qué sucede? Me ha alarmado tu hija: la he visto descompuesta, pálida...

D. Mig. No, hombre, no...

Mario Papá, tú ves visiones.

D. Mois. Habrán sido mis ojos. Más vale así.

D. Mig. Sí, más vale. ¿Quieren ustedes que nos sentemos?

Mario Sí, señor.

D. Mois. ¡Tú mandas! (A Mario.) (Esto me huele á chamusquina, hijo.)

Mario (A don Moisés.) (Y á mí, papá.) (Se sientan los tres: don Miguel á un lado de la camilla, Mario y don Moisés al otro.)

D. Mig. (¿Por dónde empiezo yo, virgen santa?)

D. Mois. (Sacando unas tijeras del bolsillo y cogiéndole un puño á don Miguel.) Perdona: en este puño tienes una hilachilla: dame acá...

D. Mig. Déjate ahora...

D. Mois. (Cortándole la hilacha, quieras que no.) Pero ¿qué trabajo me cuesta, tonto? Chico, ¿sabes que estás temblando?

D. Mig. Un poquillo nervioso estoy hace días... No es cosa mayor... (Pausa. Mario y don Moisés se miran alarmados. Don Miguel hace esfuerzos para tomarle la embocadura al asunto.) Bueno, pues... los he reunido á ustedes... porque... A mí me cuesta una violencia invencible... un trabajo tremendo...

Mario (¡Hum!..)

D. Mois. (¡Ciertos son los toros!) (Con resolución y frescura.) Chico, sea lo que sea lo que á decirnos fueres, agrio, dulce ó agridulce, á nosotros, viniendo de ti, *parecerán*os miel sabrosa. ¡Ah! ¡cuántas veces me habló de esa tu timidez infantil aquella santa que desde el cielo nos está mirando!

D. Mig. Moisés: un favor, antes de seguir adelante: no te acuerdes de mi mujer para nada.

Mario Que no la nombre querrá usted decir; que no se acuerde de ella es muy difícil.

D. Mig. Eso: que no la nombre es lo que le pido.

D. Mois. (Me falló el resorte de ultratumba.)

D. Mig. Tenemos no poco de qué hablar. Cuando

hace dos meses... ¿No hace dos meses que vinieron ustedes á mi casa?

MARIO ¡Qué sé yo, don Miguel! ¿Quién cuenta las horas de la dicha?

D. MOIS. A mí me han parecido dos días... Pregúntale al pájaro que vuela...

D. MIG. No, al pájaro no le pregunto nada. Te lo pregunto á ti, que es igual.

D. MOIS. (Me ha llamado pájaro.)

D. MIG. Pero, bien; haga el tiempo que hiciere... El resultado es que yo, con harto dolor de mi alma, Dios lo sabe, me veo en el duro caso de decirles á ustedes que esta situación no puede prolongarse más tiempo. (Pausa. Los Galeotes se quedan cuajados.)

D. MOIS. (No es lo mismo decir «Moros vienen», que verlos venir.)

MARIO (Levantándose de repente.) Papá, vámonos.

D. MIG. No, Mario, no... si no es eso...

MARIO ¡Sí es eso, don Miguel!

D. MOIS. Este chiquillo tiene una idea tan exagerada del honor...

D. MIG. (A mí no me parece tan exagerada.)

D. MOIS. Siéntate, Mario, siéntate. Vamos á explicarnos; vamos á medir el pro y el contra..

MARIO (Permaneciendo de pie.) Se conoce, señor don Miguel, que lee usted con frecuencia el *Quijote*.

D. MIG. Y eso, ¿á qué viene?

D. MOIS. (Adulando.) Lo mismo se me ocurre á mí: ¿á qué viene eso?

MARIO A que no ha podido decirnos en un castellano más claro que nos vayamos á la calle.

D. MIG. Ni lo he dicho así, ni soy capaz de decirlo, ni es usted quién para darme lecciones de cortesía.

MARIO Bien está. No he pretendido molestar á usted. Sé cuánto le debo y á lo que me obliga la gratitud. Mi padre y Carita podrán hacer lo que mejor estimen: yo esta misma tarde me voy. Hasta después. (Tomando su sombrero y marchándose por la puerta de la librería.) (Me voy.. pero *me quedo* en lo mejor de la casa, que es lo que no sabe este tonto.) (Don Miguel y don Moisés se levantan.)

ESCENA XIV

DON MIGUEL y DON MOISÉS

D. MOIS. ¡Su abuelo! ¡Idéntico á su abuelo

D. MIG. Pero, oiga usted, Mario...

D. MOIS. Es inútil: no volverá la cara.

D. MIG. ¡Mario!

D. MOIS. ¡Te digo que es su abuelo!

D. MIG. ¿Era sordo su abuelo?

D. MOIS. ¡Un verdadero caso de *estrabismo!* Míralo: se fué. ¡Galeote de pies á cabeza! Galeotti, mejor dicho, porque nuestro apellido es italiano: Galeotti, con dos tt A principios del siglo pasado perdimos una t...

D. MIG. (Y á fines de éste la vergüenza.)

D. MOIS. Y ya con una t nada más, yo, español sobre todo, ni más ni menos que tú mismo, porque yo por Cervantes me dejo cortar las orejas, españolicé el apellido y convertí la i final en e. Y eso que un tío mío, repostero en Milán..

D. MIG. Pero ¿crees tú que es esta ocasión oportuna para hablar del linaje?

D. MOIS. Dispensa, chico: ha sido una digresión... Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo.

D. MIG. No, no; si aquí no hay más acuerdo que el mío. Ciertas determinaciones las pienso mucho; tanto como dejo de pensar otras, ¿sabes? Y cuando tomo alguna de esas meditadas, es porque estoy seguro de que no puedo ó no debo proceder más que así.

D MOIS. (Con cara de vinagre.) ¿Eso quiere decir que tiene razón Mario?

D. MIG. ¿Cómo?

D. MOIS. ¿Que nos echas de tu casa á escobazo limpio?

D. MIG. ¡Moisés!

D. MOIS. ¡Faraón, qué caray! (Viéndose perdido, la echa por la tremenda.) ¡Hora es ya de que dé salida al surtidor de la fuente de mi indignación!

No me coge de nuevas lo que me has dicho: ¡lo esperaba! ¡Es mucha presión la que noto hace días!... ¡Por todas partes caras tiesas; en todas las conversaciones palabras duras; se me espían los pasos; se me mide el pan; se me tasa el vino; se me cuentan las croquetas porque me gustan!...

D. Mig. ¡Moisés, no seas bajo!

D. Mois. ¡Bien! ¡muy bien! ¡Los grandes hombres! ¡los hombres de ancho espíritu! ¡Por tres indecentes días más que íbamos á estar en tu casa, la has querido pringar á última hora! (Agarrándose á la retórica á la desesperada.) Y mi comportamiento aquí, y el interés que por tu hogar *heme* tomado, y mis afanes por ganar dinero, y el cariño derramado como blando rocío sobre todos vosotros, nada significan, nada valen, nada pesan.. ¡viento que pasa por las cumbres sin dejar rastro! He dicho antes que lo esperaba, y he dicho mal: te confieso que no esperaba esta ingratitud.

D. Mig. Moisés, me estás haciendo temblar de ira. Agradece á Dios que tengo en cuenta quién eres y quién soy y lo que me debo á mí mismo, que si no... Pero bien está todo, con tal que acabemos...

D. Mois. (Abandonando definitivamente el estilo florido como cosa inútil.) ¡Sí, hombre, sí, acabemos! ¡Me das una patada en la barriga y me echas á la calle! ¡Qué bonito! ¡qué caballeroso!

D. Mig. ¡Moisés!

D. Mois. ¡Sí, hijo, sí, me echas á la calle! ¡la cosa no tiene otro nombre! ¡me echas á la calle!

D. Mig. ¡Bueno, sí; basta ya: te echo á la calle! ¡ea!

D. Mois. ¡Así, así! ¡sin eufemismos! ¡con todas sus letras asquerosas! ¡á la cochina calle, á que me den morcilla!

D. Mig. ¡A que no estés más tiempo en mi casa!

D. Mois. ¡Descuida, hombre: no me lo repitas otra vez! ¡Ya me voy! ¡No te queda más que escupirme á la cara! ¡Escúpeme, si se te antoja! ¡Anda, hombre! ¡Y si quieres me tiraré en el suelo, para que me pises también! ¡Y

que tu niña me registre el baul, como á las cocineras!

D. MIG. ¿Quieres irte?

D. MOIS. ¡Sí, hijo, sí! ¡Ya lo creo que me voy! ¡Vaya si me voy! ¡Y cuenta que sacudiré las botas al salir, como Santa Teresa en la Coruña! (Entrase hecho una fiera por la puerta que conduce al interior.)

ESCENA XV

DON MIGUEL, JEREMÍAS, CARITA y GLORIA

D. MIG. ¡Jesús, Jesús, Dios mío! Me ha obligado á igualarme con él ese canalla...

JER. (Saliendo de la tienda.) ¿Te han pegado ya?

GLORIA (Saliendo con Carita del interior.) Papá, por Dios, qué escándalo... Don Moisés va ciego... me ha dado un empellón..

CAR. Y á mí un par de guantadas...

GLORIA ¿Qué sucede?

D. MIG. No sucede más sino que acabo de plantar en la calle al padre y al hijo.

GLORIA (Sin poder reprimirse.) ¿A Mario también?

D. MIG. ¡A los dos! ¡Miserables! ¡villanos! ¡Y mientras el cuerpo me haga sombra no volverán á pisar el suelo de esta casa, donde no ha habido para ellos más que cariño y compasión!... (Acercándose á Gloria que se ha dejado caer llorando en una silla.) Gloria, hija mía, ¿qué te pasa?

CAR. ¿Qué te pasa, Gloria?

D. MIG. ¿Qué es eso, hija?

CAR. ¿Qué tienes?

D. MIG. ¿Por qué lloras?

JER. (Cantando.)

Con el capotín, tín, tín, tín...

D. MIG. (Con profunda pena y energía.) ¡Calla: no aciertes esta vez!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con loro y todo. Es de noche. Luces en el escaparate y en la tienda.

ESCENA PRIMERA

GLORIA y PEDRITO

(Pedrito se pasea lleno de impaciencia recitando maquinalmente versos de «Don Alvaro». Gloria, nerviosa é inquieta, manifiesta impaciencia asimismo, y de vez en cuando mira por el escaparate y por la puerta hacia la calle.)

PED. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...

GLORIA Pero no seas tonto, Pedrito, ¿por qué no te vas?

PED. ¿Yo qué he de irme antes que vuelva don Miguel?

GLORIA Te advierto que mi padre ha de tardar mucho.

PED. Pues me va á reventar, vive Cristo.
Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...
Luego, como á don Jeremías le ha dado también la ventolera por largarse...

GLORIA (Esa es mi fortuna.)

PED. *Para Curra el overo...*

La culpa de todo me la tengo yo por no haberle advertido á tu padre que esta noche hacíamos el *Don Alvaro* en casa de doña Guadalupe.

GLORIA Pues por eso te digo que te vayas, inocente.

PED. No, no, no, no ..

GLORIA Si yo me quedo al cuidado de la tienda...

PED. No, no, no. .

GLORIA (¡Qué suplicio!) (Aparece Mario en la calle por detrás del escaparate, y Gloria, sin que Pedrito la vea, le hace señas de que se vaya y aguarde un poco. Mario obedece.)

PED. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...
¡Y que no tengo nada que hacer, es broma! Tengo que ir á mi casa por alguna ropa; tengo que ir á casa de Roquete; tengo...

GLORIA ¿Tienes más que tomar la puerta?

PED Todavía puedo esperarme un ratillo.

GLORIA (¡No se irá!)

PED. Por supuesto, esta noche me juego yo la reputación.

GLORIA Pero ¿tú tienes reputación?

PED. La tenga ó no la tenga me la juego esta noche. Imagínate que el mes pasado presentaron allí á uno de Cabra con muchas pretensiones, que me está minando el terreno y quiere quitarme los primeros papeles... Pero se la lía al dedo. ¿Tú no me has visto á mí el *Don Alvaro?*

GLORIA Sí; lo haces muy bien. Vete aprisa á aplastar al de Cabra.

PED. ¡Qué versos más hermosos tiene!
... La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda,
la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para tí está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero...
¡Oh, loco estoy ..!

GLORIA Sí, sí que estás loco de remate.

PED. Ya verá, ya verá el de Cabra lo que es canela fina.

GLORIA (Nada, no me deja: no hablaré con él .. Va á ser inútil cuanto he hecho.)

PED Los aficionados, unos imitan á Calvo y otros á Vico. Yo no. Mejor ó peor, yo tengo escuela propia. Mira, Vico, las noches de buena entrada decía esto así:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentais mi mente! ..

Calvo era otra cosa: Calvo lo decía de esta manera:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentais mi mente!...

Pues mira cómo lo digo yo: verás qué diferencia:

Sevilla... Guadalquivir...
Cual atormentais mi mente...

Así, con naturalidad absoluta: sin darle importancia ni al Guadalquivir ni á Sevilla, ¿comprendes tú?

GLORIA (¡Jesús, qué desesperación!)

PED (Mirando su reloj desasosegado.) Y tu padre sin venir todavía .. Como este otro detalle, que siempre me vale una ovación. Llega don Alfonso á la celda en que está don Alvaro, decidido á comérselo, y le pregunta con mucha fiereza: «¿Me conocéis?» Y don Alvaro le responde: «No señor.» Bueno, pues este «No señor» lo digo yo divinamente.» «¿Me conocéis?» «No señor.» Así, encogiéndome de hombros. Es como si le dijera: ¿sabe usted que no caigo en este momento? Naturalidad, hombre. La escuela moderna.

GLORIA Te estás entusiasmando mucho y vas á llegar tarde. Y luego me echarás á mí la culpa...

PED. (Volviendo á mirar el reloj.) A la media me voy.

GLORIA (Me consumo de impaciencia, Dios mío.)

PED. Pero mi escena, mi *clou*, está en la jaca torda. Cuando don Alvaro se quiere llevar á doña Leonor.

GLORIA (Muy turbada.) ¿Qué dices?

PED. Sí, mujer; ¿no te acuerdas? En el primer acto. Ella duda, vacila, está temerosa, sobresaltada... Y él entra resuelto, con el ímpetu del amor...

Angel consolador del alma mía...
¿Qué tienes?

GLORIA Nada... no tengo nada... (Se me figura que todo el mundo lee en mi frente.)

PED. *¿Van ya los santos cielos*
á dar corona eterna á mis desvelos?
Y le dice la mar de finezas para infundirle ánimos. Doña Leonor, la pobre, aunque está enamorada de él, no se decide, se acuerda de su padre...

GLORIA Se acuerda de su padre, es verdad...

PED. ¡Qué escena más hermosa! Hasta que al fin y al postre llega el Marqués con la espada desnuda..
¡Vil seductor! ¡hija infame!

GLORIA ¿Quieres dejarme en paz, Pedrito?

PED. Y hay que oirme entonces á mí; bueno, á don Alvaro: (Como quien se bebe un vaso de agua.) *Vuestra hija es inocente... más pura que el aliento de los ángeles que rodean el trono del Altísimo La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas, concluya con mi muerte..*

GLORIA Pedrito, por Dios, que no tengo los nervios para dramas..

PED. Sí que te veo alteradilla esta noche. (A esta chica le pasa algo. Ese pícaro de Mario la ha vuelto del revés.)

GLORIA Tú me has puesto así con tus versos y tus impaciencias. Echa á correr ya, y el diablo que te lleve.

PED. No voy á tener más remedio, para no caer en falta.

GLORIA Vete, vete; sí.

PED. Dile á don Miguel lo que hay.

GLORIA Sí, hombre, sí; por mi padre no temas.

PED. Pues adiós· hasta mañana si Dios quiere.

GLORIA Adiós.

PED. (Poniéndose sombrero y capa y yéndose escapado.)
Al primer grande español
no le cedo en jerarquía:
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

ESCENA II

GLORIA y CARITA

GLORIA ¡Ya quiso Dios! Al fin me dejan sola y podré hablarle... Le haré señas para que entre. Por fortuna Carita, que es la única persona que queda en la casa, se ha echado un ratillo. (Va hacia la puerta: se detiene de improviso azorada mirando aquí y allá; procura tranquilizarse, y al ir de nuevo á avisarle á Mario sale Carita de la trastienda.) ¿Eh? creí que venían... ¡Dios mio, qué trabajo me cuesta!

CAR. Gloria, ¿qué haces?

GLORIA ¡Carita!

CAR. ¿Te has asustado, mujer?

GLORIA Como pensé que estabas en tu cuarto... y me he quedado sola ..

CAR. ¿Se fué Pedrito?

GLORIA Se fué... Lo ví tan impaciente que me dió lástima retenerlo... Y tú, ¿te has aliviado del dolor de cabeza?

CAR. Sí; ya estoy bien. (Sentándose.) Te haré compañía.

GLORIA Como quieras. (¿Será Dios quien me pone tantos obstáculos?)

CAR. ¿No te sientas?

GLORIA No. Los nervios no me lo permiten esta noche...

CAR. ¿A tí tampoco? Pues júntate conmigo y vaya un par. Llevo unos días crueles. Ahora mismo me quedé traspuesta un instante y soñé que mi padrino era uno de esos tíos de las alcantarillas. Se acercó á mí con un farol y unas botas muy grandes que armaban ruido de cadenas, como en los cuentos, y me dijo dice: «Mira á lo que me veo reducido por habernos abandonado tú.» Y lo bueno es que yo me eché á reir como una tonta y le contesté: «Padrino, usted y sus hijitos en la alcantarilla tenían que parar.»

GLORIA Los disparates de los sueños. (Estoy velada.) (Mario se asoma á los cristales del escaparate,

mira hacia dentro y al ver allí á Carita se retira contrariado.)

CAR. Como que no se me cae de la imaginación esa gente.

GLORIA Hoy hace quince días que se fueron.

CAR. Parece que sin ellos me falta algo.

GLORIA (Y á mí también.)

CAR. Y cuenta que no será por los buenos ratos que he pasado á la verita suya. Yo nunca te he hablado de estas cosas, porque ni siquiera de ellos me gusta hablar mal; pero, hija, me trataban lo mismo que á un perro. Bueno, lo mismo que á una perra. «Carita aquí» «Carita allá» «¡Carita, empeña esto!» «¡Carita, saca lo otro!» «¡Carita, busca dinero!» «¡Carita, á ver cómo almorzamos.» «Carita ¡pun! ahí te va ese confite»: una bofetada. Porque bofetada que se perdía y palo que no encontraba colocación, ya lo sabían mi cara y mis costillas: ¡á ellas iban derechos! Y yo, nada: resignarme y callar... Más tonta he sido...

GLORIA Exageras mucho, Carita. Si eso fuera así, ¿cómo ibas á echarlos de menos?

CAR. Muy sencillo, mujer... ¿Tú te has sacado alguna muela?

GLORIA Sí...

CAR. Pues así los echo yo de menos. Igual, igual. Noto vacío el sitio donde estaba una cosa que me ha hecho rabiar los imposibles. No puedes tener idea de dos *raigones* como el padre y el hijo. Hablo de Mario y don Moisés, que los otros son pecros todavía. Don Moisés es un bellaco de lo más gordo que Dios se ha entretenido en criar; si es que Dios se entretiene en criar bellacos, que me parece muy bajo entretenimiento para Dios, y el me perdone si digo alguna herejía, aunque estoy en que no; pero, en fin, yo se lo consultaré al cura el domingo... Bueno, pues don Moisés, como te digo, es un bellaco, y Mario media docena de bellacos metidos en un solo cuerpo.

GLORIA (Con espontáneo arranque.) ¡Mientes, Carita!

CAR. (Levantándose asombrada.) ¿Qué?

GLORIA ¡Mientes! ¡No conoces á Mario!

CAR. ¿Que no conozco á Mario, infeliz? ¿Y tú sí lo conoces?... Gloria, ahora veo claro lo que tanto temía. Te ha trastornado el seso ese bribón...

GLORIA (Con honda pena.) ¡Cállate, Carita!

CAR. ¡No quiero! Para algo estoy aquí.

GLORIA (Angustiada.) Cállate, por Dios.. Pero no, no te calles... Habla, dí lo que sepas... ¡Yo no puedo más con este secreto, que me pesa como una montaña sobre el corazón! Tú eres buena, tú eres honrada, tú no me engañarás... Dime, dime cosas de Mario. No me dejes sola, no me abandones... Te confieso que estoy enamorada de él... no me dejes sola... que iré á donde él quiera llevarme.. no te vayas tú... que no tengo más voluntad que la suya. . no te apartes de mí.

CAR. Descuida: aquí me tienes. Serénate un poco. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!

GLORIA Estoy aterrada, estoy loca...

CAR. Tranquilízate y ven acá. (Se sientan.) ¿Tú has vuelto á hablar con Mario?

GLORIA A hablarle... no... á verlo... sí.

CAR. ¿Te escribe?

GLORIA Casi todos los días...

CAR. (Atando cabos.) Ya decía yo... Espérate: ¿á que te trae las cartas el verdulero?

GLORIA El mismo.

CAR. La que á mí se me vaya por alto... Si lo ví yo un día... ¿Habrá tío sin vergüenza? Mañana se va á comer toda la verdura. Pedrito fué quien me puso sobre la pista... Observó que Mario pasaba con frecuencia por la calle, y el pobre se alarmó temiendo alguna fechoría. Como también ha sido víctima de ellos... Creo que le han sacado diez duros, un par de botas y una petaca de piel de Rusia.

GLORIA Bueno, dí...

CAR. Dí tú primero. ¿Qué intenta él? ¿cuáles son sus propósitos? Tú ¿qué le dices?

GLORIA El... todo se vuelve querer sacarme de mi casa.

CAR. ¡Bandido!

GLORIA No; si yo no quiero...

CAR. Pero él te lo propone.

GLORIA Sus cartas me parten el alma...

CAR. No lo creas.

GLORIA Son tan sinceras, tan nobles, tan llenas de amor...

CAR. No lo creas.

GLORIA Sí lo creo, sí. El será muy malo contigo, con todos, pero conmigo es bueno... me quiere mucho... mucho...

CAR. Lo primero que hace falta para querer es el corazón, y Mario no lo tiene. Gloria, abre los ojos: Mario es un miserable, un egoista sin entrañas..

GLORIA (Con dolor profundo; resistiéndose á creer á Carita; levantándose.) ¡No!

CAR. ¡Sí! Perdona que te desgarre el alma. No eres tú la primera mujer á quien pretende embaucar y hacer suya.

GLORIA ¿Qué?

CAR. Lo que oyes. Con la mayor frescura se echa novias y novias en cuanto huele una buena presa.

GLORIA ¡Ah! (Déjase caer sollozando en la silla.)

CAR. Es un desalmado. Recuerdo que una vez que tenía ropa negra le hizo el amor á una marquesita muy linda, la marquesita se prendó de él — porque, eso sí, Dios le ha dado figura y labia y muchísima suerte, ¡parece mentira!—y otra vez vuelvo á meterme con Dios, y esto va a acabar mal si Dios no tiene en cuenta mis intenciones... Ya he perdido el hilo: ¿en qué estaba yo? Ah, sí. Te contaba que la marquesita se prendó de él, que el señor marqués se enteró de quién era Mario, y que cuando menos lo esperaba se encontró con un pie de paliza de lacayos y cocineros, que me río yo. Es decir, no me río, porque á mí el mal de nadie me hace reir. Pero merecido, ¡vaya si lo tenía! Pues él, como si no: en cuanto se le quitó el dolor de los cardenales, tan fresco.

GLORIA Me aterra el oirte, Carita.

CAR. ¿Te aterra? No sabes... Si esa aventura no vale nada. Como que es de las pocas en que él ha salido con las manos en la cabeza. Yo quisiera ahora, para desengañarte de una vez, poder contarte en un momento todo lo que sé, todo lo que he visto, la historia negra de ese hombre. A mí no se me olvida un día en que llamó á la puerta de casa preguntando por él una muchacha con un niño en los brazos, y Marió salió y la tiró á empujones por las escaleras.

GLORIA ¡Oh! (Horrorizada, se cubre el rostro con las manos.)

CAR. De eso es capaz el hombre que dice que te quiere. No tiene conciencia. Si la tuviera, no podría con el peso de los remordimientos, yo te lo fío. Pero como la conciencia anda por las nubes, y él no se levanta un palmo del fango de la calle, ahí lo ves, intentando una nueva hazaña. Y mira á quien eligió como señora de sus ruines pensamientos: á la hija de quien le dió salud, sosiego, cariño y un pedazo de pan para que no se muriera de hambre.

GLORIA ¡Jesús! Me hablas de una manera que, á medida que te oigo, siento que se me llena el alma de una sombra muy triste... y aunque parezca absurdo, de una luz que si no es alegre es muy clara... Voy viendo dentro de mí cosas que nunca he visto: y es que el espanto me abre los ojos y veo... veo... ¡Qué horror!... ¡Júrame que no me mientes, Carita!

CAR. Gloria, ¿me supones capaz...?

GLORIA No. Pero júramelo.

CAR. (Después de besar la cruz.) Ya está jurado.

GLORIA ¿Por quién?

CAR. Por mi madre, á quien no conocí.

GLORIA Verás entonces... (Corre hacia la puerta.)

CAR. (Corriendo tras ella.) ¿Adónde vas?

GLORIA A llamarlo.

CAR. Pero ¿está ahí?

GLORIA Ahí está.

CAR. ¿Mario?

GLORIA Mario. Me espera para hablar conmigo, para

convencerme... (Con invencible pena.) ¡Ay!... Por eso he procurado quedarme sola...

CAR. Felizmente estoy yo al lado tuyo. Llámalo.

GLORIA Sí (Se asoma violentamente á la puerta y hace señas á Mario.)

CAR Y ahora, vete.

GLORIA No.

CAR. Vete: no lo has de ver.

GLORIA ¿Cómo?

CAR. No quiero: no lo merece. Por mi madre te he jurado que no te engaño. Por la tuya te pido que me dejes con él.

GLORIA ¡Carita!

CAR. ¡Por tu madre, Gloria!

GLORIA Quiero verlo de cerca, hablarle, leer en sus ojos...

CAR. Leerás lo que tú quieras, no lo que digan.

GLORIA Ya no.

CAR. ¡Lo mismo! Entra ahí. (Empujándola hacia la puerta de la trastienda, junto á la cual están.) Vete lejos...

GLORIA Carita, ¡por la Virgen!

CAR. Conseguirás que entere de todo á tu padre.

GLORIA ¡Eso no!

CAR. Pues vete.

GLORIA Ya me voy. (Llorando.) ¡Parece que me he quedado sin alma!

CAR. La tiene él; pero yo la arrancaré de sus manos. Ahí viene: huye. (Vase Gloria corriendo, como horrorizada, pero mirando hacia la puerta de la calle, por donde llega Mario.)

ESCENA III

CARITA y MARIO

MARIO (Con vehemencia.) ¡Gloria!

CAR. (Volviéndose hacia él.) No es Gloria: es Carita.

MARIO ¿Qué? Pues ¿no fué Gloria quien me llamó?

CAR. Justamente; pero la que va á hablarte es Carita.

MARIO ¡Siempre tú! Yo no tengo nada que ver contigo. Adiós. Me voy.

CAR. No te vas.

MARIO ¿Cómo?

CAR. Que no te vas.

MARIO ¿Quién eres tú para impedírmelo?

CAR. Escucha: Gloria te quería...

MARIO ¡Y me quiere!

CAR. Te equivocas: ya no.

MARIO ¿Que no? (Avanzando hacia ella.) Pues ¿qué le has dicho?

CAR. ¿Ves como no te vas?

MARIO ¿Qué le has dicho, Carita?

CAR. Poca cosa: nada: una pequeña parte de lo que eres.

MARIO (Lleno de ira.) Si no me pareciera una cobardía, te cruzaba la cara.

CAR. Hazlo, tonto: no será la primera vez.

MARIO Merecías que lo hiciera. ¡Así pagas la hospitalidad que te hemos dado en mi casa tantos años!

CAR. Mucho mejor que pagas tú la que te han dado aquí.

MARIO (Me conviene más ir por las buenas.) Pero, vamos á ver: ¿es acaso un crimen enamorarse? ¿Qué mal hay en ello? ¿Quién ve á Gloria y no la quiere con locura? ¡Pues mi delito no es otro que haberla visto! Porque la ví la quiero.

CAR. Eso del querer es muy complicado. Quererla... ¡ya lo creo que la querrás!... Pero no la quieres.

MARIO ¿Qué sabes tú? A todos nos llega nuestra hora. Créeme, Carita: los hombres vamos dando tumbos por el mundo adelante, desorientados, ciegos, caminando entre sombras, hasta que la luz de unos ojos nos detiene, nos encanta y nos sirve de guía... Siguiendo el rastro divino de los de Gloria he de ir yo adonde ellos quieran llevarme... ¡Ay de aquel que me estorbe el paso!

CAR. Yo: tan indefensa y todo: yo. Y no me asusto de arranques de guardarropía.

MARIO Criatura... no hagas eso. No lo hagas, por lo que más quieras en el mundo. No es amenaza, es súplica. Mira que el amor de Glo-

ria me ha vuelto otro. Yo no sé qué resplandor celeste ha metido dentro de mí, ni cómo explicar este cambio mío... Ello es que si tengo una mala idea, una mano suave y delicada viene y me la quita de la frente; y si en mi pecho arde una pasión indigna, la misma mano con sus caricias acude á apagarla...

CAR. Pues trabajo le mando á la mano.

MARIO ¡Carita, no te burles de lo que te digo!

CAR. Cállate ya, hipócrita, declamador, farsante...

MARIO ¡Carita!...

CAR. Carita es una hormiga, pero no se asusta de tí por más que te las echas de león. Con Carita no te valen ni recursos de drama ni párrafos floridos; Carita se ha quedado en esta casa porque temía algo de esto; Carita quiere, ya que no borrar la huella de vuestra conducta, servir de barrera para que no paséis adelante... Así vuestro recuerdo no será tan amargo. Eso me tenéis que agradecer todavía.

MARIO ¿Sí, eh? (Con mucho énfasis.) ¡Lo que por lo visto quiere Carita es que yo pierda la cabeza y haga aquí un escarmiento terrible!

EL LORO No te tires, Reverte.

MARIO (Sin darse cuenta de lo que ha oído.) ¿Qué?

CAR. (Conteniendo la risa.) Es el loro.

MARIO ¡Pues á ver si empiezo por el loro!

EL LORO No te tires, Reverte.

MARIO (¡Se me ha venido el ridículo encima de golpe y porrazo!) ¡Carita, llama á Gloria!

CAR. No quiero.

MARIO ¿Que no quieres? La llamaré yo. (Gritando.) ¡Gloria!

CAR. Es en balde, Mario: no vendrá.

MARIO Lo veremos. (Va hacia la trastienda llamando.) ¡Gloria! ¡Gloria!

CAR. (Viendo á don Miguel, que llega de la calle.) Ahí tienes á su padre.

MARIO (Azorado.) ¿Eh?

CAR. (El Señor nos valga.)

ESCENA IV

DICHOS y DON MIGUEL: al final JEREMÍAS

D. MIG. ¿Qué es esto, Mario? ¿qué hace usted aquí?

MARIO Don Miguel...

D. MIG. ¿Qué hace usted en mi casa, le pregunto? Cuando salió de ella, le rogué á usted que no volviese. ¿Por qué ha vuelto?

CAR. Don Miguel..

D. MIG. Calla tú.

CAR. Permítame usted que tome la palabra. Ha venido por mí

MARIO (Me ha salvado.) Justo... por ella...

D. MIG. ¿Por tí, Carita? (Yo sabré la verdad.)

CAR. Lo manda su padre... Dicen que no se acostumbran á mi falta...

D. MIG. ¿Y tú que has respondido?

CAR. Que no me voy: que también hago falta aquí.

D. MIG. Ya lo oye usted. Yo no la violento: hace su voluntad.

CAR. Ni más ni menos. Y será inútil que te empeñes, Mario. Cuantas veces vuelvas á lo mismo, te marcharás solo. ¿Te enteras bien? ¡Solo!

D. MIG. Por eso lo mejor será que no vuelva. Carita se ha acostumbrado á nosotros, y nosotros á ella. Vivimos felices; nos estorba la gente, ¿entiende usted? (Deja la capa y el sombrero que trae puestos y se pone la gorra.)

MARIO Entiendo, sí, señor, entiendo. No es la primera vez que le digo á usted que tiene unas despachaderas que da gozo.

D. MIG. Pues á ver si es la última. (Se sienta al brasero.)

MARIO Lo será. (¡Lo he perdido todo! Procuraré caer gallardamente.) Carita... hermana mía... adiós. Juntos hemos crecido... juntos hemos reído... juntos... juntos... (No, no me sale el párrafo: es inútil.) ¿Para qué decirte lo que

no has de entender? Adiós. Señor don Miguel, beso á usted la mano.

D. MIG. Abur, amigo.

MARIO (Yéndose.) (¡Con lo menos que se contenta mi padre es con volar la casa!) (En la puerta tropieza con Jeremías que llega, y le pisa un pie.)

JER. ¡Ah!... (Viendo que Mario no se disculpa.) Se dice «Usted dispense.»

MARIO (Parándose un momento.) Eso es cuando se pisa á una persona.

ESCENA V

CARITA, DON MIGUEL y JEREMÍAS

JER. Ese pajarraco no ha venido aquí á nada bueno.

D. MIG. Te diré...

JER. Ese pajarraco...

D. MIG. Aguarda, hombre.

JER. No ha venido aquí á nada bueno.

D. MIG. Como que ha venido por Carita.

JER. ¿Por Carita?

CAR. Sí, señor; por mí... por mí..

JER. Miguel, mucho me escamo. ¡Ojo al Cristo, que asan carne! Soy contigo en seguida. (Vase al interior de la casa.)

ESCENA VI

DON MIGUEL y CARITA

CAR. ¡Qué mal pensado es!

D. MIG. Por eso acierta casi siempre. ¡Ojalá fuera yo lo mismo! ¿Y Gloria?

CAR. Allá dentro está: ¿quiere usted verla?

D. MIG. (Levantándose.) Espera un poco. Antes vas á darme una prueba de tu lealtad. ¿A qué ha venido Mario?

CAR. Ya se lo he dicho á usted, don Miguel.

D. MIG. ¿Te obstinas en eso?

CAR. ¿Y qué quiere usted que le haga?

D. MIG. Por Dios, Carita de mi vida, no me engañes tú; mira que si tú me engañas también voy á morirme de tristeza. ¿Ha venido Mario á ver á mi hija?

CAR. (Con timidez.) Sí, señor... ha venido á verla..

D. MIG. ¡Ah!

CAR. Pero no la ha visto.. Lo he impedido yo...

D. MIG. (Con ansiedad.) ¿Y ella estaba de acuerdo?... ¿Tú sabes?...

CAR. Todo. Todo me lo ha confesado la pobrecilla... hecha un mar de lágrimas.

D. MIG. A ver... habla, cuéntame...

CAR. Es más buena que el pan. Da lástima oirla. Ese bribón de Mario la ha traído engañada... la ha vuelto loca.. Pero yo le he quitado ya la venda de los ojos. No tema usted. Si no se lo declaré así al principio, fué porque quise evitarle este nuevo dolor; pero como usted me lo ha rogado... No tema usted, no tema usted, vuelvo á decirle. Gloria sabe ya lo que es Mario, y basta. A Mario se le podrá querer viéndolo por fuera; pero cuando se conoce lo que lleva por dentro, ni el mismo amor halla disculpa á tanta ruindad... Ahora sólo nos queda un trabajo: consolar á Gloria y procurar que olvide pronto... ¡Pobrecita!

D. MIG. ¡Pobrecita, sí! ¡Qué bien hice, criatura, al dejarte aquí con nosotros! Algún alivio había de hallar á mi desengaño. ¿Hasta dónde iba á llegar la maldad de esa gente, Dios mío? ¡Qué sé yo! ¡Sólo el imaginarlo me asusta!... No bastaba el burlarse de mí, el insultarme, el enlodar mi casa, el no agradecer el bien recibido... ¡Faltaban las pedradas!

CAR. ¡Maldita sea la hora en que entramos todos aquí!

D. MIG. Eso no: bien hecho está lo hecho. (Déjase caer en su sillón.) Si al resultado vamos, dime tú á mí quién lleva la peor parte: nosotros los perdemos á ellos y ellos á nosotros. Ya ves qué diferencia. Pero esto no quita que duela, que lastime...

ESCENA VII

DICHOS, JEREMÍAS y CATALINA

JER. (Saliendo por donde se fué.) ¿Qué te ocurre, Miguel? Est s mustio, abatido. . Déjate de sensiblerías y abre el ojo.

D. MIG. ¡Ay, Jeremías de mis culpas!... Dichoso tú, que vives independiente y feliz, y no tienes más amigo que tu loro, y oyes llorar y te haces la ilusión de que llueve, y ves á quien padece hambre y te quitas las gafas... Préstame tu corazón y tus ideas para andar por el mundo, que yo cogeré las mías y el mío, y los colgaré en la pared de mi alcoba, junto á aquella espada vieja que tengo allí y que maldito de Dios para lo que me sirve.

CAR (¡Pobre señor!)

D. MIG. (Levantándose.) Voy á ver á mi hija.

CAR. ¿Para qué, don Miguel? ¿No vale más que lo deje usted para mañana?

JER. ¿Dónde está Gloria?

CAR. En su cuarto; pero estará llorando la pobrecilla...

JER. ¿Llorando?

D. MIG. Por lo mismo quiero verla yo.

CAR. Déjela usted que se serene, que pase el mal rato, y entonces...

CAT. (Viene de la calle descompuesta, jadeante, escandalizada. Apenas puede hablar. Se sienta en una silla, llamando la atención de todos con sus aspavientos.) ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡ay, Dios mío de mi arma! ¡ay, virgen del Amparo!

D. MIG. ¿Qué es eso, mujer?

CAR. ¿Qué sucede?

CAT. ¡Ay, qué zofocación! ¡ay, qué dijusto! ¡ay, qué bochorno!

D. MIG. ¡Que nos tienes con el alma en un hilo!

CAT. ¡Ay, qué gente más mala! ¡ay, qué gente más pícara! ¡ay, qué gente más zinvergüenza!

JER. ¡Hola!

CAT. ¡Ay, qué arrastraos! ¡ay, qué *pajoleros!* ¡ay, qué retunantes!

D. MIG Pero ¿quiénes, por Dios...?

CAR. Hable usted.

CAT. Eza gentuza... ezos tíos... ezos Galeotes...

D. MIG. ¡Acabáramos! ¿Has visto al hijo?...

CAT. No zeñó... He visto ar padre... ¡mala puñalá le den!... ¡mar tiro le peguen!... ¡ze vea más mardecío que la lista grande!

D. MIG. Basta de maldiciones ya: ¿qué ha pasado?

CAT. Déjeme usté que me dezahogue, zeñó... ¿Habrá tío charrán? ¡Armanaque lo jagan, pa que tos los días le arranquen argo! ¡Jozú, Jozú, Jozú!... (Se levanta.) Me lo encontré en la esquina e la cayejuela, á la verita e un coche, cazi enfrente á la caza e Pedrito... y me fuí pa é como una loba á zacarle los ojos...—¿ustés no zaben que me dejó á debé cuatro pezetas?—Lo mismo fué verme vení que me zaluó mu reverenciozo... Y zarto yo y le digo: «Más valía que en vé de tomá coche pagara usté las trampas.» Y zarta é y me dice: «¿Y usté pa qué quié ya er dinero, con loz años que tiene encima?» Y zarto yo y le digo: «Ezo no es cuenta de usté, zo pendón » Y zarta é y me dice que zoy una bruja. Y zarto yo y le digo que ze yevó de aquí una cuchara. Y zartá é y me dice que ezo no es verdá. Y zarto yo y le araño en la jeta. Y zarta é y me da un bofetón—mardita zea zu casta.—Y zarto yo y le pongo un ojo como er faró de la botica. Y zarta er cochero der pescante, y ze mete por medio. Y principia á zalí gentuza e la taberna, y zale don Calixto con una lagarta, y ze ponen á reirze de mí, y me arranco á la lagarta y le trinco er moño, y eya me trinca er mío, y por poquito nos queamos carvas las dos; y ze para la gente á mirarnos, y á mí me da la razón to er mundo, menos los *guindiyas,* porque no había ninguno; y gracias á que estaba ayí zeñó Romuardo er de la tienda que me trajo pa acá y me dejó en la esquina, no zalimos tos mañana en los

papeles... ¡Jozú, Jozú, qué escándalo! ¡Ay, virgen de los Reyes! ¡ay, virgen der Pilá! ¡ay, virgen de Utrera!..

CAR. Sosiéguese, Catalina, sosiéguese.

D. MIG Vaya por Dios, mujer. Pero ¿hasta cuándo va á durar el rastro de esa gente en mi casa?

JER. A ver, á ver.. Mario aquí.. y su padre en la callejuela... y un coche... y... ¿Dónde está Gloria?

CAR. Allá dentro, señor.

D. MIG. ¿Qué temes tú? Voy por ella ahora mismo...

CAT. ¡Ay, no azustá!...

ESCENA VIII

DICHOS y PEDRITO

PED. (Llega despavorido, con un palmo de lengua fuera. Trae un lío de ropa en la mano.) ¡Gloria! ¡Gloria!

D. MIG. ¿Qué pasa?

CAR. ¿Qué es ello?

PED. ¿Y Gloria? ¿Y Gloria? ¿No está aquí Gloria?

CAT. ¿Ande ze ha metío Gloria?

PED. ¡Va en un coche con los Galeotes!

(Grito de espanto: consternación: cada uno tira por un lado.—Las frases comprendidas en la llave son simultáneas. También lo son los ayes de Catalina y la descripción del suceso que hace Pedrito.)

D. MIG ¡Mentira! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Hija mía! (Entrase en la casa corriendo.)

JER. ¡Se fué por el portal! ¡Son unos bandidos! (Corre á la calle.)

CAT. ¡Jozú qué infamia!

CAR. ¡No es cierto! Si no puede ser... ¡Gloria! (Sigue corriendo á don Miguel.)

CAT. (Muy acongojada.) ¡Ay, Jozú! ¡ay, qué dolól ¡ay, qué pena de hija! ¡ay, qué desgraciaita va á zé! ¡ay, que ya ze acabó la alegria en esta caza! ¡ay, eze padre ze va á gorvé loco! ¡ay, vaya por Dios! ¡ay, yo que la he criao en mis brazos! ¡que la he visto crecé! ¡que la quería como á la zangre de mis venas!... ¡ay, pobre-

cita mía, que la han engañao! ¡ay, qué picardía! ¡ay, qué doló! ¡qué doló! ¡qué doló!

PED. (A Catalina, que maldito si le hace caso.) La he visto... la he visto... no me cabe duda... Era ella... eran ellos... El coche pasó por delante de mí como un relámpago, cuando yo salía de mi casa... pero pude verlos. . Grité... llamé al cochero... Inútil. Corrí... resbalé y di de bruces en las piedras... Perdí de vista el coche... ¿Qué hacer, Dios mío?... Volar... volar á su casa... Y en menos tiempo que lo digo me he plantado aquí. ¡Ay, Catalina! ¡Esto es horrible! ¡esto es cruel! ¡esto mana sangre!...

D. MIG. (Saliendo con Gloria y Carita, y encarándose con Pedrito, el cual al ver á Gloria enmudece de asombro.) ¿De donde sacas tú, majadero?...

CAT. ¡Pero zi está aquí la gloria e miz ojos! ¡Ven acá tú, arma mía! ¡ven acá tú! (La abraza y la besa fuertemente, como si quisiera dejarle los besos señalados.)

CAR. Este Pedrito, con sus dramas...

PED. Perdón... perdón... mis intenciones... Yo juraría...

D. MIG. Más vale que no jures.

CAT. (Separándose de Gloria y abalanzándose sobre Pedrito, á quien pellizca.) Ahora verás tú, mal ange, ezaborío, lombriz con capa... ¿Te paece bien er zusto que nos has metío en er cuerpo? ¡Toma! ¡toma!

PED. ¡Ay! Perdón otra vez... Pero cuenta que yo no estoy chiflado... que no he visto visiones... Con Mario y con Calixto iba una mujer...

CAT. ¡La lagarta con quien yo he peleao!

PED. Sí, pero... así de pronto... cualquiera se ofusca... y como yo estaba ya con la mosca en la oreja, por lo que yo me sé, y además me he pasado todo el día recordando el rapto de doña Leonor ..

D. MIG. ¡El demonio del comiquillo este!... Vete, vete, que me has dado el susto más espantoso de mi vida.

JER. (Desde la puerta de la calle, á grandes gritos y sin ver

á Gloria, á quien tapa Catalina.) ¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ni sombra! ¡No parece! (Avanzando hacia don Miguel, con los brazos abiertos.) ¡Qué tremendo golpe, hijo mío! ¡Te compadezco!... (Lo abraza, quedando cara á cara con Gloria, la cual, adelantándose hasta él, sonríe tristemente.) Ah, ¿pero está aquí ésta? (Pedrito suelta la carcajada, lo cual irrita á Jeremías.) ¿Quién se ríe? ¡Yo te daré risa, tarambana!

PED. Perdón, perdón, don Jeremías.

JER. ¡Qué perdón!

D. MIG. Sí, perdonémoslo todos, ya que lo perdonamos mi hija y yo.

PED. Yo... la verdad... con la más sana intención del mundo...

D. MIG. Sí, hombre, sí... Anda con Dios.

PED. Nunca me arrepentiré bastante, don Miguel. (Viendo su reloj.) Pues encima me voy á ganar un rapapolvos en casa de doña Guadalupe. Llego con una hora de retraso. Vaya, hasta mañana si Dios quiere. (Corre hacia la puerta y se va.)

Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero.

CAT. Más loco está que un chivo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos PEDRITO

JER. ¿Ves, Miguel? ¿ves qué drama si llegan á arrebatarte á tu hija?

D. MIG. ¡No hables de eso, por Dios, que no es más que una locura tuya y de Pedrito!

GLORIA (Con profunda tristeza.) No; eso no.

D. MIG. ¿Qué dices, Gloria?

GLORIA Digo que hay algo de verdad en todo esto Yo quiero á Mario... Mario venía á llevarme.

D. MIG. ¡Gloria!

GLORIA He dicho mal: lo he querido... La mejor prueba de que he de olvidarlo es que confieso ahora.

JER. ¿Lo ves?

D. MIG. ¡Jesús mil veces!

GLORIA No ha sido culpa mía... Perdóname. Y nada temas. A Carita debo el haberme salvado.

D. MIG. Que Dios te lo pague, Carita.

GLORIA De los Galeotes no queda nada aquí: si algo quedara en mi corazón, yo sabría arrancarlo y echarlo en medio de la calle.

JER. ¡Y si hace falta romperle las muelas á ese mozo, aquí está Jeremías!

EL LORO No te tires, Reverte.

JER. (Con explosión de júbilo.) ¡Ah, Rodríguez! ¡Lo has aprendido ya! ¡Me haces el más feliz de los hombres! ¡Mañana, chocolate con leche!

D. MIG. ¡Pero qué infamia, qué infamia la de esos Galeotes!...

CAT. Escarmiente usté, zeñorito, escarmiente usté.

JER. Sí, sí; escarmentar... Ese verbo no está en su Diccionario... Si mañana vienen otros Galeotes...

D. MIG Oh, no; yo os aseguro...

CAT. No azegure usté na: zi vienen mañana, pué zé que no ze cuelen, pero como vengan pazao mañana...

JER. Y después de todo, ¿quieres decirme lo que has sacado en limpio con meter en tu casa á esa gente?

CAR (Saltando con mucho salero.) ¡Caramba! ¡conocerme á mí! ¿No valgo yo la pena?

D. MIG Es verdad: conocer á Carita, que no es poco.

GLORIA No es poco, no.

CAR. Y yo conocerlos á ustedes, que eso sí que es mucho.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre 1900.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico.
Belén, 12, principal, juguete cómico.
Gilito, juguete cómico lírico.
La media naranja, juguete cómico.
El tío de la flauta, juguete cómico.
El ojito derecho, entremés (2.ª edición).
La reja, comedia en un acto. (2.ª edición).
La buena sombra, sainete en tres cuadros. (4.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto.
La vida íntima, comedia en dos actos. (2.ª edición).
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros.
El chiquillo, entremés. (2.ª edición).
Las casas de cartón, juguete cómico.
El traje de luces, sainete en tres cuadros.
El patio, comedia en dos actos.
El motete, entremés con música.
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos.